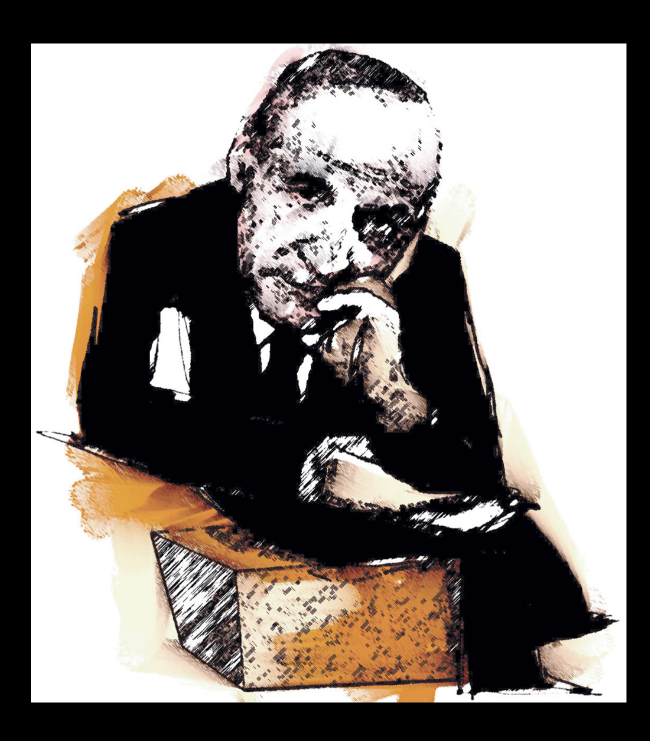
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 17



JOSÉ ORTEGA Y GASSET

UNA MEDITACIÓN ESPAÑOLA SOBRE EUROPA



UrKultur

Sumario



Una percepción de la idea de Europa en España durante el periodo de entreguerras 1918-1939

Emilio De Diego

Tal vez deberíamos comenzar estas páginas interrogándonos por los motivos de una reflexión como la que aquí proponemos. Cabría preguntarse, por tanto, ¿qué interés puede suscitar la percepción de la idea de Europa en una nación como España y en un periodo, fundamentalmente referido, aunque no de manera exclusiva, a la etapa que transcurre entre 1919 y 1939? Pues bien, creemos que este tema ofrece dos posibles atractivos: uno, acercarnos a la sensibilidad ante el europeismo de un país que, en determinados momentos, sobre todo cuando empezaban a colocarse los cimientos institucionales de la actual Europa, parecía vivir de espaldas a esta realidad. Y, sin embargo, más allá de aislacionismos impuestos por circunstancias propias y ajenas, ese horizonte europeo había sido, como veremos, referente prioritario de un buen número de intelectuales y políticos españoles, desde mucho tiempo atrás, aunque esta circunstancia resulta un tanto olvidada.

El segundo factor que podría justificar nuestro propósito viene inducido por la actualidad en la que nos encontramos. Con la vista puesta en un episodio más de la ampliación de la Unión Europea, de enorme trascendencia, sin duda, cara al futuro, y que, por eso mismo, ha de suponer una importante prueba, tanto para los actuales miembros de la Unión como para los aspirantes a incorporarse a ella.

Un desafío distinto pero exigente, una encrucijada que, salvando todas las distancias, puede contemplarse desde la evocación de otra coyuntura excepcionalmente dura, la de 1919. Nos hallamos ahora, seguramente, ante el

tercero de los grandes hitos de la construcción de Europa: el primero habría sido el de su fundamentación teórica; es decir, la época de entreguerras; el siguiente, el del nacimiento institucional, la década de 1950; y, el último, por ahora, esta ampliación que une el Oriente con el Occidente europeo.

Finalmente, creo que la situación económica añade un elemento más de complicación que, a pesar de todo, no debería impedirnos avanzar en esa posibilidad política, tan real como difícil, que llamamos Europa. Un reto en el cual nuestro país, una España que se empeña en dejar atrás alguno de sus lastres, como el pesimismo, desempeña un protagonismo innegable. Veamos, desde estas premisas, en primer lugar, los antecedentes inmediatos al marco cronológico de este artículo:

España y sus referencias a Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial: Europeismo y regeneracionismo, dos caras de la misma moneda

En los umbrales del Novecientos, la sombra del «Desastre» de 1898, una crisis de dimensiones espirituales muy superiores a su verdadero alcance material, se proyectaba sobre una España dual: en parte, apegada a formas y sistemas tradicionales un tanto arcaicos; y, en parte, moderna, que, abierta a su tiempo, pugnaba por sacudirse el letargo y el retraso. Una España rural y campesina, al lado de otra urbana e industrial, que, difícilmente, podían compartir modelos de vida común.



Aquel país con índices de analfabetismo superiores al 60 por 100 y una esperanza media de vida próxima a los 35 años, (cifras muy semejantes para estos apartados a las de las colectividades más desfavorecidas en el mundo de hoy), componía una realidad dolorosa para no pocos intelectuales y algunos sectores de esa misma sociedad. Por encima de aquel panorama planeaba, además, la derrota estrepitosa ante los Estados Unidos y el repliegue a unas fronteras nunca tan reducidas desde el siglo XV. La desconfianza, el culpabilismo y las prédicas regeneracionistas fueron la respuesta a aquellas circunstancias desasosegantes.

Tales sentimientos reforzaron el patriotismo, pero en modelos muy diferentes: cerrado y a la defensiva uno, el que desconfiaba de todo lo llegado de fuera; abierto y decidido el otro, el que renegaba de los falsos iconos propios. Pero ambos coincidían en un mismo objetivo: había que regenerar España. Y había que hacerlo desde un pesimismo extendido por todas las capas de la población e incluso alimentado, por aquellos mismos intelectuales, con actitudes excesivamente apasionadas.

Ante aquella especie de «náusea» se produjo un ejercicio introspectivo que trajo, como resultado, el rechazo del modelo que había conducido a la situación en la que se encontraba España y, a la vez, una búsqueda en la identificación de los presuntos factores culpables del fracaso. Entre éstos, para casi todos, estaba la particular relación que habríamos mantenido con el entorno europeo en un plazo no siempre bien acotado. Pero, mientras algunos veían la causa de nuestras cuitas en la influencia «negativa » de unos valores: positivismo, materialismo, liberalismo, laicismo, ... llegados del otro lado de nuestras fronteras; para otros, había sucedido justamente lo contrario: el clericalismo, el irracionalismo, la desidia, el fatalismo, ..., en unas u otras formas, constituían la clave de todas las desdichas españolas.

De aquí se derivaría una doble actitud respecto a Europa: por un lado, conforme a la primera de estas posiciones, convenía acentuar nuestro aislamiento o, ante la imposibilidad del mismo, tratar de «exportar» los roles que nos eran propios. Desde el otro ángulo, no había más remedio que abrirse a lo europeo buscando amoldarnos a sus pautas modernizadoras.

Así pues, aunque podríamos remontarnos a épocas más alejadas en el tiempo, lo cierto es que la idea de Europa, o mejor dicho las referencias a Europa, a manera de realidad insoslayable para corregir la trayectoria histórica española, se multiplicaron ya en los primeros años del *SIGLO XX* e, incluso, en 1910, comenzó a publicarse, en Madrid, con ese objetivo, la revista *Europa*. Si bien, conforme a lo que venimos diciendo tampoco faltaban los españoles, Unamuno entre ellos, que hablaban de Europa en sentido opuesto; es decir, como un ámbito a españolizar. No obstante, esta actitud de D. Miguel, que Marichal interpreta como un antieuropeismo sólo aparente, obedecería a un concepto distinto de lo europeo.

Por diversos motivos, y desde lugares distintos, se pensaba o se imaginaba Europa, a este y al otro lado de los Pirineos. En el campo de la literatura se exponían, en clave utópica, los estímulos europeístas, a través de fabulaciones ucrónicas, como la obra de Anatole France, *Sur la pierre blanche*, que tuvieron notable eco en nuestro país. Los defensores de la «europeización», cual antídoto universal contra los males de España, habían tenido en Costa a uno de sus primeros paladines y encontrarían en Ortega y Gasset a su heredero más señalado.

Desde el fondo común del deseo regeneracionista, ambos compartieron una desazón visceral por la España que se asomaba al Novecientos. Ellos dos, y otros muchos, «sentían en su patriotismo, a aquella España, como dolor y como desventura». Al catastrofismo, exagerado a veces, en esa percepción rotundamente negativa de lo español, se unía un cierto maniqueísmo al compararlo con lo europeo. Ortega, en 1910, condensaba esta impresión, de forma lapidaria, en una de sus frases más conocidas: «España es el problema y Europa, la solución».

Desde el otro extremo, el Unamuno casticista postulaba la superioridad incontestable de lo español y, en las páginas de *ABC*, tildaba de «papanatas» a los

europeístas. Aquella crítica unamuniana suscitaba, en su momento, la respuesta airada de Ortega.

En esa dura réplica aprovechaba Ortega la ocasión, por un lado, para hacer alarde de su europeismo, por enésima vez, «apenas si he escrito –proclamaba– desde que escribo para el público, (y recordemos que llevaba más de siete años haciéndolo en las páginas de los periódicos), una sola cuartilla en la que no aparezca, con agresividad simbólica, la palabra Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí –decía– todos los dolores de España». Al mismo tiempo, insistía en rechazar agriamente las tesis de Miguel de Unamuno.

Una y otra vez volvería Ortega, casi por las mismas fechas, a sus afanes «europeístas » y «europeizadores» para la trasmutación regeneradora de España. «Europa, –enfatizaba en su juego un tanto tenebrista y nostálgico–, ... esa palabra sola equivale a la negación prolija de cuanto compone la España actual»5 y, además, unos meses después, –señalaba–, «… esa Europa constituye la única posibilidad de España».

Pronto un amplio grupo de intelectuales, científicos y creadores artísticos darían abundantes muestras de compartir la misma idea de una Europa, basada en la cultura común y en un sentido ineluctable de la Historia, cuya ciencia, aplicada a nuestro país, habría de producir sobre éste los efectos taumatúrgicos que Ortega anunciaba. En aquella nómina del europeismo figurarían los nombres de Marañón, Azaña, Pérez de Ayala, Américo Castro, Picasso y un larguísimo etc...,; o sea, entre otros, el catálogo, casi completo, de los que integrarían la llamada «generación del 14».

Era el suyo un proyecto renovador, concebido con la esperanza y la pasión de la juventud; un atrevimiento alegre frente al ceño hirsuto del inmovilismo dominante. Una propuesta radical, pero que se limitaba a tratar de conseguir el despertar hispano, en un ejercicio de patriotismo vivificador, sin más que trasladar a España algunas pautas de comportamiento europeo. Puede que, contra lo que ellos anhelaban, su modo de condenar la situación de España y sus propuestas regeneradoras no hubieran provocado el efecto salutífero que pretendían.

No tuvieron demasiadas ocasiones de experimentarlo, por cuanto la misma desconfianza nacionalista y el pesimismo irracional concluirían, en el Viejo Continente, en la gran catástrofe de 1914-1918. Entonces vendría la llamada a la verdadera integración con Europa, más allá del simple influjo modernizador, cuando ésta había dejado de ser una esperanza para convertirse en una meta irrenunciable, en medio de su propio dolor. Asomémonos a ese tiempo.

La Europa de Entreguerras

Concretamente sería entonces en los *prodomos* de la Europa que ahora contemplamos, cuando el europeismo se movía entre el sentimiento y la razón para entrar en el campo de la necesidad.

En efecto, después de la trágica escenificación del odio y del miedo nacionalistas que significó la Primera Guerra Mundial, se irían perfilando tres estrategias políticas diferentes, planteadas con desigual fuerza, hacia el futuro inmediato de Europa. La primera, inspirada en el afán de revancha, se apoyaría en el frustrado sentimiento del mismo hipernacionalismo, responsable del conflicto apenas concluido, a la búsqueda de invertir los resultados de la contienda; o bien, en la autocomplacencia nacionalista y, después, en el recelo de las potencias vencedoras y de los nuevos estados nacidos del desenlace de la guerra. La segunda, tendría como meta la búsqueda de un modelo de convivencia internacional, a partir de la realidad surgida de la lucha recién acabada. La tercera, apuntaría al único horizonte realmente superador de los factores del enfrentamiento.

En puridad ninguna de las tres alternativas era nueva. Una había dibujado el curso de la guerra por todo el siglo XIX, el mismo que, en muchos aspectos, culminaba en 1914-1918 y, prácticamente, auguraba un enésimo y más grave episodio de barbarie en plazo no demasiado largo. J. Monnet resumiría así, en 1943, aquella situación: «en 1918 nosotros habíamos ganado la guerra, –afirmaba–, pero en 1919 habíamos perdido la paz».

Otra, alimentada de retóricas bienintecionadas y ayuna de posibilidades reales, pretendía ser la respuesta que, como escribía entre nosotros Alcalá Zamora, correspondía a la necesidad moral de dar a la Humanidad, aterrada por la última catástrofe, una fórmula que impidiese su pesimismo, empujando a la conciliación, a través de la *Sociedad de Naciones*8. Pero, la situación de Europa, a partir de 1919, no era ni mejor ni más estable que la de 1914. Los problemas nacionales, no sólo, no se habían solucionado; sino que, se habían hecho más graves y, más bien pronto que tarde, hasta los más decididos partidarios de la *SDN*, debieron admitir la ineficacia de un proyecto dirigido a mantener una falsa armonía que, en el fondo, pocos deseaban; o no estaban dispuestos a realizar el sacrificio que exigían sus propios discursos para asegurar la paz.

La última de las alternativas enunciadas significaba, como decíamos, la única novedad, aunque las llamadas al «europeísmo» vinieran repitiéndose desde mucho antes, porque, ahora, se invocaba éste en otras claves. Los partidarios de la idea de Europa, como salida a la espiral cainita de los nacionalismos, o al menos la mayoría de ellos, rechazaban, por completo, el «patrioterismo» nacionalista; pero también, el internacionalismo inoperante de la *SDN*.

En España, José Ortega y Gasset, aunque desde un ángulo muy distinto del que había utilizado Einaudi en Italia, en 1918, definía perfectamente esta actitud y expresaba su incompatibilidad con aquella institución a la que calificaba como un «... profundo error histórico», ya que miraba a un pasado muerto y no a un futuro vivo; un gigantesco aparato jurídico creado para un derecho inexistente... y proclamaba, de modo rotundo, «... yo estoy contra la S d N por estar a favor de la unidad de Europa».

Eran aquellos los años a los que se refería Heiddeger, evocando a Hölderlin, para afirmar, de manera tan gráfica como terrible, que Europa se hallaba en un periodo de oscuridad, entre los dioses que se habían desvanecido y los que aún no habían llegado; es decir, como entre los dos mundos que señalaba Mathew Arnold: uno muerto y otro sin fuerza para nacer. Precisamente, cuando el europeísmo habría de adquirir, según apuntábamos, una nueva dimensión.

Como había ocurrido en España tras su propia catástrofe noventayochista, un buen número de pensadores emitiría, en aquella hora de postguerra europea, su particular y, a veces, no coincidente diagnóstico acerca de los males de Europa; o al menos, de sus causas. Podríamos citar varias decenas de voces, compartiendo el mensaje del pesimismo o de un realismo profundamente intranquilizador: de Spengler (y su *Decadencia de Occidente*) a Huizinga (con la *Crisis de la cultura*), pasando por Benda, Keyserling, Berdiajov, Belloc, Massis, ... pero también por Ortega y Gasset o el Unamuno, desertor de todos los ejércitos, que, a esas alturas, contemplaba ya a Europa desde un ángulo muy distinto al de años atrás. Es el don Miguel de *La agonía del Cristianismo*, en 1924.

Ortega y Gasset, al igual que tantos otros intelectuales de su tiempo, se dolía entonces de Europa, no ya sólo de España. Apenas acabada la guerra se refería, una y otra vez, a la difícil situación por la que atravesaba el Viejo Continente, las raíces en la cual se hundirían según él, más allá de 1914, aunque la sangrienta contienda, recién terminada, había sido su desencadenante final.

En 1920 comenzaba a publicar, en las páginas de *El Sol*, lo que terminaría siendo *La España invertebrada*, cuya primera edición se haría al año siguiente. El tema de la atonía de aquella Europa obscurecida le resultaba tan tentador que acabó cediendo al desafío de abordarlo, con el afán de ponerle algún remedio12. A mi juicio, escribía «... el síntoma más elocuente de la hora actual es la ausencia en toda Europa de una ilusión hacia el mañana». Indicaba así, sin duda, no sólo el principal de los males de aquellos momentos, sino uno de los peligros constantes en el proceso de construcción europea.

Se sublevaba contra aquella extenuación de Europa en su facultad de desear; acaso, preguntaba a sus lectores «¿es que los principios mismos de que ha vivido el alma continental están ya exhaustos, como canteras desventradas?». Pero no se detenía en la llamada a la voluntad para recuperar un común afán cultural, pues lo cierto, como decíamos, es que la Primera Guerra Mundial había sido el gozne sobre el que la idea de Europa giró definitivamente de las prioridades culturales y científicas, a las políticas.

No habían faltado referencias anteriores en este sentido; desde las contenidas en el poco conocido libro *Un europeo*, publicado en París en 1902, donde se ofrecía el marco supranacional como vía de escape al contencioso franco-alemán por Alsacia y Lorena; o, la llamada de Kautsky (en *Neue Zeit*), desde 1911, aunque a partir de presupuestos bien distintos, en favor de la creación de los Estados Unidos

de Europa como garantía de paz; o, las incitaciones de Agnelli y Cabiati, también en demanda de una Europa unida. Pero sería desde los comienzos de la década de 1920, cuando, ante la hegemonía en aumento de los Estados Unidos de América, por un lado, y la sombra inquietante del bolchevismo, por otro, Europa empezaba a ser, no sólo, una oportunidad, sino, algo inevitable para la propia supervivencia de sus nacionalidades; de sus valores culturales, de su capacidad económica, de su independencia política y, en suma, de su propia esencia.

A Ortega y Gasset, como a tantos otros, los mundos capitalizados por Nueva York o Moscú, le provocaban un profundo malestar y protestaba frente ambos, en particular, contra una especie de seguidismo hacia lo norteamericano, que se iba extendiendo en aquellos días.

No pocos proyectos intentaban conformar la alternativa de la Europa unida, aunque fuese a partir de ideologías tan distintas y de metas tan diversas que, difícilmente, podían concretarse en la práctica. Hasta sus fronteras parecían confusas. ¿Se incluiría al Imperio Británico o quedaría al margen? En cualquier caso, Gran Bretaña prefería un modelo que combinase, en lo económico, el libre comercio, y, en lo político, se ajustara a la *Sociedad de Naciones*. Mientras, en Alemania, se miraba, prioritariamente, hacia el este, a la búsqueda de la *Mitteleuropa* y, desde Francia, se acabaría proponiendo una Unión Europea, aunque sin mayor éxito, como una especie de sección de la *SDN*. A la vista de estos precedentes podríamos indicar no pocas actitudes profundas que, aún con sus variantes, resultan difíciles de superar al correr del tiempo.

En cualquier caso, a aquellas alturas, todavía seguía siendo, sobre todo, la hora de los intelectuales o la de los soñadores, o la de ambos a la vez; pero no, la de las decisiones políticas que se precisaban, pues éstas se hallaban lejos aún. Era la coyuntura de los paneuropeistas con el conde Coudenhove-Kalergi a la cabeza, quien, a pesar del fracaso de sus tentativas de 1920, influido, después, por la conferencia panamericana de Santiago de Chile de 1922, lanzaba, en octubre del año siguiente, su libro *Paneuropa*, apoyado en el mecenazgo de Max Warburg y la favorable acogida de Seipel en aquella Viena que apuntaba a ser algún día la capital federal de Europa. En abril de 1924 se publicó *El manifiesto europeo* en la revista *Paneuropa* y, pronto, se formarían grupos paneuropeistas en varios países, entre ellos, España. A pesar de todo, aquel esfuerzo, con escasos apoyos institucionales, tenía que batirse en inferioridad con las fuerzas que, en el otro extremo, radicalizaban, ostensiblemente, las tendencias nacionalistas.

Ortega se quejaba de algunas de estas actitudes expuestas en teorías pedagógicas, como las de Kerchensteiner, a su juicio, más dirigidas a educar ciudadanos nacionales, en el ayer, que no para el mañana.

A los movimientos embrionarios del europeismo de los primeros años veinte siguió una auténtica eclosión de publicaciones, en la segunda mitad de la década, desde los más diversos ángulos. Libros tales como el de E. Fimmen, *Labours*

alternativa. The United States of Europe limited –1924–; o el de Woyticesky, *Los Estados Unidos de Europa* –1927–, o el de Riou, *Europe mon patrie* –1928–; o *Les Etats Unis d'Europe, DEL CONDE SFORZA* –1929–; su casi homónimo V*ers les Etats Unis d'Europe, DE JOUVENEl* –1930–; o el de Salter, *The United States of Europe and others papers*; o *Europa* de Herriot ... etc. podrían contarse entre los más destacados; cabría hablar de que Europa era una especie de tema de actualidad, tratado con mayor o menor acierto.

Tampoco faltaría Ortega a su cita con el europeísmo en esos momentos. A partir de 1927 a 1929, en la elaboración de *La rebelión de las masas*, proclamaba la urgente necesidad de constituir unos Estados Unidos de Europa, e incluso, un mercado común europeo. Pero se apresuraba a marcar diferencias, contra cualquier frivolidad u oportunismo, entre su propuesta y algunas de las múltiples formulaciones, al respecto, que iban apareciendo en aquellos días: «No niego que los Estados Unidos de Europa –advertía– son una de las fantasías más módicas que existen –por tanto– no me hago solidario de lo que otros han pensado bajo estos signos verbales». Para él, el europeísmo no era una cuestión de moda, sino la lógica de la historia, la que conducía a una posible, ... –más aun–, a una probable unidad estatal de Europa.

Según sus análisis, acerca de la génesis y el agotamiento de los estados nacionales, se le antojaba que «... una sociedad, una colectividad tan madura como la que ya formaban los pueblos europeos, no podía andar lejos de crear un artefacto estatal mediante el cual formalizase el ejercicio del poder público europeo ya existente».

Ortega compartía, plenamente, la tesis que Carlo Rohan expondría en la *Europaische Revue*, y creía «en una Europa supranacional, cual espíritu de un cuerpo que se ha articulado nacionalmente, en una Europa como culminación de un edificio orgánico». El filósofo español abundaba, (en la mencionada obra sobre *La rebelión de las masas*), en torno a, lo que podríamos llamar, la inevitabilidad de ese proceso. «Ha sido el realismo histórico –argumentaba– quien me ha enseñado a ver que la unidad de Europa como sociedad no es un ideal, sino un hecho de muy vieja cotidianidad...» –e insistía–» … la probabilidad de un Estado general europeo se impone necesariamente». En modo alguno podrá afirmarse que la unidad de Europa es una fantasía; por el contrario, se revela como producto de la razón histórica, a la cual Ortega consideraba más radical que la de las matemáticas, la de la física, la de la biología o la de cualquier otra de las ciencias. Hasta tal punto se le antojaba evidente la lógica de la institucionalización de Europa, que la veía como menos utópica de lo que hubiera sido vaticinar, en el siglo XI, la unidad de Francia o España.

Sin embargo, la llamada a la historia, como resorte de futuro y saber imprescindible, le llevaba a denunciar las carencias de los conocimientos de sus contemporáneos, en esta materia, («las gentes más cultas de hoy padecen una

ignorancia histórica increíble, –acusaba y, más grave aún, añadía–, … yo sostengo que hoy muchos de los dirigentes europeos saben menos historia que el hombre del siglo XVIII y aún del XVII»). Me parece escuchar aquí, en cierta manera, las pisadas de Erasmo en su *Antibárbarorum*.

Precisamente, desde la historia, condenaba Ortega al bolchevismo y al fascismo, que se presentaban como movimientos políticos pretendidamente «novedosos», tildándolos de regresión sustancial y de estar dirigidos por hombres sin conciencia histórica. Pero, desde esa misma atalaya, advertía contra la tercera de las lacras del Novecientos, los nacionalismos, convertidos en uno de los principales obstáculos para el futuro del Viejo Continente.

Europa, así concebida, constituía una especie de pulsión creadora, esencial y, por lo mismo, irrenunciable, que «... en su significativo y largo pasado había llegado a un nuevo estadio de vida, donde todo ha crecido; pero, a la vez, las estructuras supervivientes de ese pasado son enanas e impiden la actual expansión. Europa se ha hecho en forma de pequeñas naciones. En cierto modo, –reconocía–, la idea y el sentimiento nacionales han sido su invención característica, pero ahora se ve obligada a superarse a sí misma». Y concluía, –advirtiendo–, proféticamente: «Este es el esquema del drama enorme que va a representarse en los años venideros. ¿Sabrá Europa libertarse de supervivencias (estranguladoras) o quedará prisionera para siempre de ellas?». El peligro se le antojaba claro «... porque ya ha acaecido alguna vez en la historia que una gran civilización ha muerto de no poder sustituir su idea tradicional de Estado».

No hay otro futuro, –se atrevía a anunciar–, que la realización de Europa. Sólo se opone a ello el «prejuicio de las viejas naciones», la idea de nación como pasado. ¿Seguirán acaso, –se peguntaba–, los europeos a la mujer de Loth y se obstinarán en hacer historia con la cabeza vuelta hacia atrás? Los nacionalismos, –concluía–, son callejones sin salida. Llegados a este punto y, aunque podríamos señalar múltiples referencias más en los escritos orteguianos, respecto al mismo tema, sería, tal vez, oportuno indicar los rasgos sobresalientes del proyecto histórico al que llamaba con tanta fe como reiteración.

Una idea de Europa basada en la defensa del logos histórico frente al irracionalismo de fines del Ochocientos y aún hoy turbador

Para Ortega, la Europa necesaria, como medio de superación de la crisis de entreguerras, no era otra que la gran nación, asentada en la historia común, que serviría, –decía, una vez más, con claras reminiscencias regeneracionistas, esta vez, silvelescas–, para retomar el pulso perdido. Un espacio supranacional en el que mantener la pluralidad de una realidad, en la cual, lo básico, sería lo europeo y, lo diferencial, lo nacional; lo primero, –estimaba Ortega de manera optimista–, representaba ya dos tercios del todo. «No es posible, –escribiría años más tarde sobre esta idea–, mirar bien las naciones de Occidente sin tropezar con la unidad que tras ellas aparece, ni es posible observar esta unidad europea concretamente, y

no sólo en mera frase, sin descubrir dentro de ella la agitación de su interno plural: las naciones. Esta incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad constituye, a mi parecer, –aseguraba–, la verdadera óptica bajo cuya perspectiva hay que definir los destinos de cualquier nación occidental».

Cada nación europea, como también diría Madariaga, sería una forma de interpretar, –lo que llamaba–, la unitaria cultura europea; eso significaba «ser inglés», «ser francés», «ser austriaco» o «ser español». A la búsqueda de la superior calidad de cada una de estas realidades se construye Europa y, en ella, encuentra acomodo la idea de nación como un programa de vida compartido hacia el futuro.

Pero no era sólo Ortega. Veamos un testimonio de primera mano sobre el europeísmo multiforme en la España de los años veinte cuando a comienzos de 1931, Coudenhove-Kalergi viajó a tierras españolas, dentro de su peregrinar en búsqueda de apoyos a la causa paneuropea, en su amplio itinerario por los caminos de nuestro país, se entrevistaría con un buen número de interlocutores afines al movimiento europeísta. El espectro sociológico, al cual pertenecían aquellos españoles, era el mismo que en otros países se había mostrado más receptivo al mensaje integrador: ciertos políticos, los hombres de negocios (algunos, ambas cosas a la vez), los intelectuales, las personalidades relevantes por distintos motivos, ... etc.

La visión que nos ha legado el conde impulsor de *Paneuropa* es la del viajero sorprendido, agradablemente, por lo que iba encontrando a su paso. Comenzó su andadura por Barcelona, donde fue acogido y agasajado por Cambó, cuya mansión, así como algunos cuadros de su colección, pintados por Tiziano y Boticelli, causaron a Coudenhove-Kalergi una profunda y positiva impresión. Recorrió, después, la zona levantina hasta Almería, parándose especialmente en Valencia, Alicante y Cartagena, para seguir, posteriormente, ya en Andalucía, desde Granada, ante la que expresaría gran admiración, hasta Algeciras.

Pero no se detuvo aquí, sino que visitó también varias ciudades del norte de Marruecos; españolas unas, como Ceuta y administradas por el protectorado español; otras, como Tetuán. Allí, cuando se disponía a regresar a la Península, tuvo noticia de la implantación de la II República. Llegado a Cádiz, emprendió el camino hacia Madrid, tocando en Sevilla y Córdoba. Llamó su atención el regocijo con el que pueblos y ciudades habían acogido el nuevo régimen republicano. Más tarde escribiría recordando aquellas escenas «... no sabían la abundante sangre que se derramaría después».

Muchos de los líderes republicanos de aquella hora le recibieron con grandes honores pues, como hemos dicho, eran viejos simpatizantes del proyecto paneuropeo. Entre ellos sobresaldría Fernando de los Ríos, (ministro de Justicia), y quien, años después, colaboraría con Kalergi, estrechamente, en aras del europeísmo, durante el exilio de ambos en Estados Unidos.

Sin embargo, una de sus mayores satisfacciones fue, seguramente, la larga conversación que mantuvo con Ortega y Gasset, a quien reconocía como «famoso filósofo». Kalergi no dudaba en señalar que el pasaje dedicado al problema de Pan Europa, en *La rebelión de las masas*, era uno de los mejor pensados y escritos de cuantos se habían hecho sobre aquel tema.

Finalmente, y por intermedio de Cambó, Kalergi visitó al duque de Alba, en su palacio de Liria, quedando muy satisfecho, tanto por la magnificencia del edificio, como por la personalidad del noble español y su receptividad al tema europeo. Poco duraría, sin embargo, su contento y el de los partidarios de Europa.

El europeísmo en declive

Aunque en los primeros años treinta, especialmente en 1932, en algunos foros, como la Academia de Italia, se sucedían todavía los discursos sobre Europa, desde la idea de la libertad y del derecho, lo cierto es que, ya a finales de los años veinte, la opción de una Europa política había encallado. La propuesta de Briand, con el apoyo de Stresemann, en Ginebra, el 5 de septiembre de 1929, y su posterior *memorandum* de 1 de mayo de 1930 no prosperaron.

El proceso de desintegración y de confrontación política, así como la radicalización de las tensiones económicas y sociales, se adueñaron del panorama del Viejo Continente. Los pactos internacionales se hicieron para la guerra y no para la paz.

Aun en tales circunstancias de desmoralización de Europa, Ortega continuaría en la brecha del europeísmo. Sus análisis de aquellos días, informados por la preocupación ante la inminencia de una contienda desastrosa, se mueven en torno al concepto de desocialización por el que atravesaba la situación europea; o, lo que es lo mismo, el grado de insolidaridad y de disgregación dominante. Con ello el orden internacional se mostraba más inestable a cada paso y, –siempre según Ortega–, no podía esperarse remedio alguno de la *Sociedad de Naciones*, contra la que cargaba, nuevamente, definiéndola como el invento de un club, cuyos miembros fuesen Mr. Pickwick y sus congéneres.

Aquella desocialización había colocado a Europa, –escribía en 1937–, en un estado de guerra sustancialmente más radical que en todo su pasado. Al unirse la lucha de clases al antagonismo nacionalista, a la vieja amenaza de guerra civil entre las naciones se añadía la fractura interna en el seno de cada una de éstas que, en ocasiones, como en el caso de España, había desembocado en una lucha salvaje, general.

Hacia julio de 1938 insistía apesadumbradamente: «Europa está hoy desocializada ». La única esperanza, –le parecía–, una mirada distinta a la historia, (siempre la historia como referente del europeísmo orteguiano), que nos contaría las vicisitudes, no de los enfrentamientos, fruto del nacionalismo exacerbado de cada uno de sus estados protagonistas, sino la de aquello que nos une, la del único

espacio social y político que se le antojaba posible: Europa. Una historia que, aún hoy, como disciplina académica, a pesar de algunos intentos plausibles, continua siendo la asignatura pendiente, un recurso tantas veces invocado como inutilizado, para seguir la evolución del grado de socialización europea a través del tiempo, en relación con la mayor o menor conflictividad vivida en el Viejo Continente.

Europa se ha hecho, y seguirá haciéndose, desde los intereses comunes, pero también deberá construirse desde la escuela; prestando a este quehacer mayor punto de apoyo, que el concedido hasta ahora. En particular, para el mejor conocimiento del pasado. No olvidemos, –decía Ortega–, que la historia es la única realidad del hombre, que no tiene otra, y Europa es no sólo futuro, sino también pasado. Amargamente se quejaba de que nadie le hacía caso, en particular los ingleses. Pero no por ello cejaría en su empeño aunque la guerra, de 1939 a 1945, se enseñoreara de Europa.

Cuando el 7 de septiembre de 1949, en la Universidad libre de Berlín, dictó su conferencia «De Europa *meditatio quaedam*», (un auténtico suceso, como señaló la prensa de la época), Ortega no hacía más que repetir, poniéndolas a la orden del día, las ideas que había venido exponiendo durante más de cuarenta años. Lo mismo haría en las lecciones que dio en Munich, en 1951, bajo el título *Der Idee deer Nation und die deutsche jugend*. No sin razón se consideraba, entonces, uno de los más antiguos y constantes paladines del europeísmo, «... muy probablemente, –proclamaba orgulloso–, soy hoy, entre los vivientes, el decano de la idea de Europa» y, así, se mantendría hasta el fin de sus días.

Para terminar, y de cara, como señalaba al principio de este texto, a los desafíos de la futura ampliación europea, me atrevería a llamar la atención sobre otro de los postulados de Ortega, que bien merecería figurar a manera de recordatorio contra las tentaciones inmovilistas: «los europeos no sabemos vivir sino vamos lanzados en una gran empresa unitiva». Ayer y, seguramente, también mañana. Este es el reto de todos pero, principalmente, de los políticos, de manera que lo que somos, no nos impida llegar a lo que podemos ser.

A mi parecer, muchas de las notas sobre la idea de Europa, que hemos ido viendo, continúan vigentes hoy; cuando, en las puertas del tercer milenio, vivimos momentos que, por sus características, encajan perfectamente en lo que Ortega y Gasset, dentro de su sentido de la historia, llamaba épocas de crisis. Circunstancias en las que el anterior paradigma dominante, que incluía valores científicos, éticos y estéticos, se agrieta de modo peligroso y, todavía, no se ha asentado otro nuevo. El cambio que se percibe es, principalmente, negativo y se captan, sobre todo, la falsedad y las deficiencias de lo que nos rodea. La amplitud de los contrastes dominantes nos lleva, con facilidad, de un extremo a otro. Todo es posible y, parece que, todo vale, pero, tras ese desconcierto, se esconde la amenaza de la regresión y es urgente recuperar, en parte al menos, el sentido orteguiano de la historia para evitar repetir los errores del pasado.

Nunca ha sido fácil renunciar a alguna parte de los bienes del presente en aras del futuro, ni en el ámbito individual, ni en el social. Se trata de un ejercicio, al cual sólo mueve la expectativa de beneficios compensatorios o, al que fuerza la necesidad ineludible y, en ocasiones, ambas cosas a la vez. Menos fácil, todavía, resulta este tipo de sacrificios cuando el presentismo lo invade todo, cuando perdemos las referencias del pasado, entre la ignorancia y la manipulación. Cuando, aún, siendo tan sencillo contemplar la rentabilidad del esfuerzo compartido, mediante una simple consulta estadística sobre evolución de los niveles y grado de distribución de la renta, o cualquier otro de los parámetros del bienestar material y muchos de índole espiritual, en perspectiva comparada en el tiempo y en el espacio; preferimos ignorar todo lo que no sea la situación actual.

Los riesgos de seguir adelante se nos antojan excesivos, en los diferentes órdenes; y cualquier desequilibrio coyuntural nos empuja, sino al inmovilismo imposible, al sempiterno ¡sálvese el que pueda!, Europa se salvará; es decir, mantendrá su protagonismo histórico sólo en la medida en que camine hacia su plena realización. Así era en 1919, en 1945 y lo es en el 2003.

Cerramos aquí, por razones de espacio, esta evocación del sentimiento europeísta de Ortega, y de otros españoles en circunstancias difíciles, con la historia como motor, y lo hacemos no sin resaltar la decidida inclinación europea de muchos españoles, no sólo en clave orteguiana, sino en todas sus variantes.

[Cuadernos de Historia Contemporánea 2003, núm. extraordinario 311-324]



La idea orteguiana de Europa como Estado Ultranacional

Fernando H. Llano Alonso

Al inicio de este trabajo señalábamos que algunos autores habían denunciado la utilización que hace Ortega del europeísmo como coartada frente a los nacionalismos periféricos que ponían en riesgo la unidad territorial de España. Entre las críticas más significativas dirigidas contra Ortega, a propósito de su supuesto europeísmo fingido, Antonio Elorza ha calificado la salida orteguiana a Europa como "una precondición de su nacionalismo progresivo" (La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset). Abundando en esta interpretación desmitificadora del europeísmo orteguiano, Xacobe Bastida sostiene que si el filósofo madrileño enarbola esa bandera europeísta no es con otro propósito que el que sirve para "fundamentar una unidad superior a la del Estado nacional –Europa- que, con todo, refuerza el sentido opresor del nacionalismo que aquél implica" (La búsqueda del grial. La teoría de la nación en Ortega).

En términos similares se ha pronunciado también Esteban Polakovic, para el que, si bien Ortega dudaba sobre si Europa debía ser una "super-nación" dentro de la cual quedarían salvaguardadas las naciones europeas, o si, por el contrario, debía constituirse en una "unión super-estatal" por encima de las naciones existentes, lo cierto es que –según este profesor de la Universidad de Bratislava- en última instancia, debido a su doctrina sobre el Estado, Ortega pensaba que las naciones europeas desaparecerían eventualmente "a causa del poder creador histórico fundiéndose en una sola nación" (Teoría de la nación. Nacionología de J. Ortega y Gasset, E. Renan y L. Stur).

Ante estos planteamientos críticos, resultaría sencillo argumentar –a modo de réplica- que, ya desde su juventud, Ortega demostró una genuina vocación europeísta (Ortega. Circunstancia y vocación, de Julián Marías). Es más, nuestro autor consideraba a Europa como el ideal al que los europeos debían adherirse, puesto que para él encarnaba, cultural y políticamente, una unidad fundamental que precedía a los Estados nacionales europeos y, por supuesto, también antecedía a todas las formas del nacionalismo. A este respecto, conviene recordar que, ya en 1909, Ortega mantuvo una postura europeísta que chocó contra el casticismo de Unamuno. Un año después, en 1910, Ortega saludaría la aparición del primer número de la revista España con una indisimulada exaltación de Europa como remedio a la enfermedad que sufría su patria (y que consistía, básicamente, en "su alejamiento de Europa").

En este sentido se ha entendido su célebre frase: "España es el problema, y Europa la solución". Para la generación del 14 en general, y para Ortega en particular, el término europeización suponía –como ha indicado Pedro Cerezo- "poner a España en la forma de Europa, es decir, en la disciplina de lo objetivo y universal". España sólo era posible desde Europa, aunque, por otro lado, también España representaba una posibilidad para Europa, en la medida en que constituía "un punto de vista cultural necesario o insustituible en el concierto europeo" (Ortega y la generación de 1914: un proyecto de ilustración).

A partir de 1914, el año en el que estalla la I Guerra Mundial, Ortega ya no se centrará exclusivamente en el examen de la circunstancia española, sino en el estudio de la problemática en la que se hallaba inmerso el proyecto cultural europeo en su conjunto, por eso carga contra quienes, como Menéndez Pelayo, habían expandido el bulo de las "nieblas germánicas" y de la "claridad latina". No hay tal, defendía Ortega, en realidad se trataba de "dos dimensiones distintas de la cultura europea integral". A la pregunta: ¿Qué es Europa?, Ortega contesta –de acuerdo con la interpretación de Harold C. Raley- que él por "Europa" entiende esencialmente los países occidentales y nórdicos. El "Este", en cambio, le parece un concepto bastante nebuloso e indefinido, de ahí que sus referencias acerca de la Europa eslava sean tan escasas y negativas (Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea).

Frisando la década de los años 30, en el período de entreguerras (justamente cuando los postulados nacionalistas contribuyeron tanto a coadyuvar a los regímenes totalitarios –fascistas y comunistas- en su escalada belicista contra los regímenes democráticos), Ortega quiso poner en evidencia, en su famoso "Prólogo para franceses" (1930), las carencias de esta ideología -que no ofrecía en absoluto a los europeos esperanzas de cara al futuro- aludiendo, para ello, a la creación de una suerte de Federación de Estados nacionales europeos (denominada también por algunos autores contemporáneos a Ortega como los Estados Unidos de Europa).

En aquél tiempo, la vida nacional española atravesaba un proceso de desmoralización que, sin embargo, no podía entenderse al margen del grave proceso de crisis moral que aquejaba también al resto de países europeos (no olvidemos que, para Ortega, sin Europa era imposible comprender en su plenitud la propia realidad española). A este respecto, advertía el pensador madrileño, el problema de Europa es que parecía haber perdido su mando y hegemonía espiritual sobre el resto del mundo, por lo que, consecuentemente, también el mundo había perdido el estilo unitario con el que había estado viviendo bajo el dominio de la moral de la cultura europea (Conviene advertir que, para Ortega, hay una "cultura europea, al igual que hay una cultura china, malaya u hotentote. En este sentido, la supremacía moral de la cultura europea respecto a, por ejemplo, la cultura hotentote, se basa en que, antes de discutir qué cultura es superior, la europea reconoce una "esencial paridad", en tanto que el hotentote cree que no hay más cultura que la suya).

Durante su hegemonía moral, Europa había creado un sistema normativo eficaz y fértil por el que se guiaban los demás pueblos. Al desaparecer dicha hegemonía, esos mismos pueblos acabarían rebelándose contra Europa, reclamando a partir de ese momento un nuevo "programa de vida" que nadie les habría proporcionado aún, de manera que, de este modo, la desmoralización europea acabaría contagiando al mundo entero, universalizándose así esta "enfermedad" y, como efecto-rebote, también terminaría particularizándose el universo.

No obstante, lejos de hacer una lectura pesimista o apocalíptica, more spengleriano, de la supuesta decadencia espiritual de Occidente, Ortega piensa que esta crisis de la cultura europea es, en principio, reversible. El éxito o el fracaso de la recuperación moral de Europa dependerá, en última instancia, de en qué medida se sepa no reconstruir el escenario pluralista-universal desde el que nuestra cultura difundiera al mundo su mensaje humanista. Al mismo tiempo, para recuperar ese legado humanista-cosmopolita, es preciso que Europa se reencuentre a sí misma, que reivindique su originaria condición de ultranación o crisol de pueblos, y que restaure el ámbito social de convivencia preexistente a las propias naciones europeas.

En esa supernación europea, al contrario de lo que han sugerido los críticos con la idea nacional de Ortega, la pluralidad nacional que ha caracterizado tradicionalmente la vida política de Occidente no desaparecería. Este asunto, el de la supervivencia de las nacionalidades europeas dentro del Estado supranacional que se proyecta comoo empresa de futuro común para los europeos, no es considerado por Ortega ni siquiera como un problema: en efecto, para nuestro autor, la preexistencia de la sociedad europea (entendida por él como un sistema de usos y vigencias comunes) se podrá considerar como una realidad más ténue, o

menos densa y completa que las naciones que la integran, aunque, al mismo tiempo, constituye una realidad previa y más permanente que aquellas.

Ortega es consciente de la necesidad de huir del callejón sin salida al que los diversos nacionalismos que se gestaron dentro de Europa, han llevado a los europeos, y para ello nada mejor que invocar el mismo espíritu europeísta que en su día inspiró las tesis republicano-federalistas de Immanuel Kant. En efecto, Ortega no duda de que "una cierta forma de Estado europeo ha existido siempre", de manera que no le resulta nada complicado coincidir con quienes, antes y después de él, han postulado la conveniencia de unir a todas las naciones europeas en un Estado supernacional o ultranacional.

Como protoeuropeísta, la única llamada de atención que hace nuestro autor consiste, precisamente, en que, para evitar errores pasados –y pone como ejemplo la fracasada Sociedad de Naciones (víctima propiciatoria de los nacionalismos étnicos europeos)-, se sepa integrar adecuadamente la pluralidad cultural de los pueblos europeos (postura que, como ya he advertido en otro trabajo anterior, no debe confundirse con el relativismo cultural o el particularismo del que muchos oportunistas han querido sacar provecho, pues en este caso Ortega está pensando exclusivamente en las grandes naciones europeas, las nacionalidades históricas como España, Francia, Inglaterra…, y no las de nuevo cuño) dentro de un mismo espacio o ámbito común de convivencia. En relación con esta idea final: Europa como universo plural de naciones y como patria común de los europeos, apostillará Ortega a finales de la década de los 40:

> "No se ha visto, pues, la realidad completa de una nación europea si se la ve como algo que concluye en sí mismo. No; cada una de esas naciones levanta su peculiar perfil, como una protuberancia orográfica, sobre un nivel de convivencia básica que es la realidad europea. Se separan y aíslan los pueblos por arriba, pero terminan todos unidos e indiferenciados en un subsuelo común que va de Islandia al Cáucaso. (…) Ese es el auténtico gobierno de Europa que regula en su vuelo por la historia al enjambre de pueblos, solícitos y pugnaces como abejas, escapados a las ruinas del mundo antiguo. La unidad de Europa no es una fantasía, sino que es la realidad misma, y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas, por tanto, complejas e independientes".

Estas palabras sirven para poner en evidencia las críticas de aquellos autores que –como veíamos al comienzo de este epígrafe- creen que el europeísmo orteguiano responde, en realidad, a una secreta motivación a la que nos referimos anteriormente: el menoscabo de los nacionalismos separatistas de la periferia peninsular en beneficio del nacionalismo español que él –supuestamente- deseaba que prevaleciese. Ortega aparentaría, según se desprende del juicio de estos críticos,

ser europeísta de puertas hacia afuera y, de cara a la política "doméstica" profesaría, en cambio, un ferviente españolismo que, en rigor, no se correspondería con la idea plural de España defendida por su parte en obras como España invertebrada y La redención de las provincias. Por otro lado, la literalidad de las palabras escritas por Ortega en ensayos como La rebelión de las masas o De Europa Meditatio Quaedam, se desprende su rechazo del nacionalismo en cualquiera de sus expresiones modernas. En el pasado, el nacionalismo pudo, en cuanto estrategia de poder, servir a una causa: la consolidación de una forma de vida superior al feudalismo, pero, a la vista de las terribles consecuencias derivadas de esta doctrina política, Ortega tenía muy claro que el nacionalismo era un concepto agresivo y rancio que debía ser superado cuanto antes, al igual que la idea tradicional de nación.

Recordando aquellos vientos de guerra que azotaron la Europa durante la primera mitad del siglo XX, Salvador de Madariaga dejaría escrito en sus memorias el siguiente testimonio: "Vuelvo al eje de mi camino para recordar que precisamente cuando nos disponíamos a europeizarnos, se nos quebró europa entre las manos. La posición de Ortega, sin embargo, por estar bien arraigada y fundada, no varió. La razón no varía. Y a través de las dos guerras mundiales, el sabio español siguió en su puesto".

> "Durante siglos la idea de Nación significó una magnífica empresa posible. Ante cada pueblo se abrían grandes posibilidades hacia el futuro. Pero hoy la nación ha dejado de ser eso. La nación aislada no tiene porvenir cuando se entiende la idea de nación simplemente en el sentido tradicional. Y esta falta de provenir reobra sobre la moral de los individuos en cada pueblo quitándoles brío, entusiasmo para el trabajo y rigurosa ética.

Añádese a esto que en los últimos años todos los demás pueblos del mundo se han contaminado de ese nacionalismo europeo, haciendo con ello más difícil todas las cuestiones internacionales; no parece exagerado decir que es este nuevo nacionalismo el máximo estorbo que las colectividades europeas encuentran para salir a alta mar. Porque a esto hay que aspirar, señores. Es preciso que los pueblos de Europa no se habitúen –y están corrigiendo el riesgo de ello- a contentarse con dar a sus conflictor falsas soluciones que sirven sólo para salir del paso por el momento, pero que, en realidad, no hacen sino perpetuarlos" (Europa y la idea de Nación).

Pero Europa no puede ser concebida sólo como una pluralidad de naciones. Europa es, sobre todo, una sociedad vieja de muchos siglos, con una historia propia como la que pueda tenera cualquier nación particular. Ha habido –señala Ortega- tradicionalmente una convivencia entre europeos, pese a que esta convivencia no alcance el grado de intensidad que pueda haber entre los nacionales de Francia,

Inglaterra o Alemania. Europa podrá ser, por tanto, una sociedad más tenue que las que conforman internamente estas naciones, pero lo importante es que constituye en sí misma una sociedad (sobre todo si por sociedad entendemos, según la definición propuesta por nuestro autor: "un conjunto de individuos que mutuamente se saben sometidos a la vigencia de ciertas opiniones y valoraciones"). Inspirándose en esta tesis orteguiana, Pedro Cerezo ha defendido que "la sociedad europea, como sistema de usos sociales, es anterior y superior a los Estados nacionales históricos, pero no como unidad previa indiferenciada, sino ya siempre diversificada en estilos peculiares de vida (Europa: una cuestión de identidad –Entre el casticismo y el multiculturalismo-).

La cuestión es que, en la actualidad, las naciones europeas han llegado a su tope histórico y, para sobrevivir, necesitan integrarse políticamente en Europa (entendida como ultranación). A este respecto, Ortega cree que Europa debería seguir un esquema análogo al de la British Commonwealth of Nations, o sea, al concepto de cooperación más que al de coacción (principio sobre el que antaño se construyeron el Imperiun romano o la Rusia soviética.

Por lo demás, como ha señalado, Ciriaco Morán "la sensación de Ortega ante Inglaterra fue siempre de admiración; Inglaterra es en los escritos orteguianos una caja de Pandora enigmática, que producirá por encanto una solución a cualquier contradicción nacional aparentemente insoluble. Inglaterra es, a su juicio, la nación que "ha sabido hacer la síntesis más perfecta entre tradición y progreso; la primera que ensayó el liberalismo, limitando los poderes de la monarquía y la última en conservar con orgullo la monarquía. Este sentido de equilibrio permite a Ortega volver los ojos a Inglaterra cuando no ve solución para los problemas europeos en el continente; Inglaterra es la nurse de Europa.

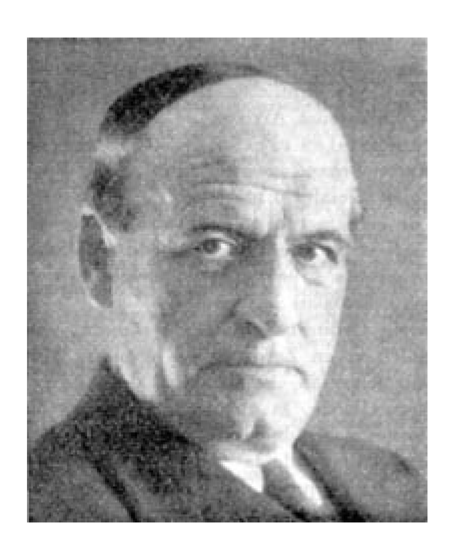
Al hilo de estas reflexiones orteguianas sobre el ser de Europa, Raley llega a la conclusión de que "Ortega prefería una Europa federal", dado que esta estructura permitiría a cada nación conservar su específica estructura interna y sus instituciones –lenguaje, costumbres, formas locales de gobierno-, aunque, por otro lado, se podría integrarlas (y retenerlas como naciones federadas) sabiendo que "se trata de regionalismos o idiosincrasias provincianas subordinadas a la realidad y el peso superiores de las costumbres y la cultura europea.

En resumen: frente a la desmoralización del hombre contemporáneo, Ortega plantea, vista su acreditada madurez histórica, el resurgimiento de la idea de Europa, concebida como una unidad política dentro de una supernación federal. La apuesta por la Federación Europea es tan clara al final de su vida que, ya en una de sus últimas conferencias, el pensador madrileño se situaba en la vanguardia del movimiento europeísta que, desde comienzos de la década de los 50, había conseguido materializar propuestas políticas concretas. Entre estos avances en la

agenda política de Europa destaca, por la relevancia que tendría para el futuro de Europa, el proyecto que, a iniciativa de Robert Schuman y Jean Monet, y contando con el entusiasta impulso de Konrad Adenauer, institucionalizó en 1951 la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA), una organización que en sus orígenes contaba tan sólo seis países miembros (Alemania, Bélgica, Francia, Holanda, Italia y Luxemburgo) pero que, con el transcurso del tiempo, acabaría confirmándose como el embrión de la futura Unión Europea. Al calor de este acontecimiento tan importante en la Historia de Europa, escribiría Ortega:

> "La idea de Europa, y especialmente la de una economía europea unitariamente organizada, es la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal. Sólo ella podría curar a nuestros pueblos de esa incongruencia desmoralizadora entre la amplitud ultranacional de sus problemas y la exigüidad provinciana de sus Estados nacionales".

Lo que se echa en falta, sin embargo, es un programa político supranacional que sirva para estructurar la unidad interna europea a la que apela Ortega. Un programa que no ofrezca dudas sobre si el destino de Europa pasa por someterse a los dictados de la Realpolitik y conformarse con la creación de una Unión Aduanera Europea (una especie de Zollverein germano extendido a todo el Continente), o si, como propugnaba Ortega, debe finalizar en la creación de un Estado supranacional dotado de las instituciones y poderes necesarios para el buen gobierno de los ciudadanos que conviven en su vasto territorio. Muy probablemente Ortega no tuvo tiempo material para concretar en el terreno de la praxis política europea un programa de política supranacional tan coherente y preciso como el que le llevó a protagonizar veinte años atrás (en el ámbito nacional español), algunas de las sesiones más memorables de las Cortes Constituyentes de la II República.



Europa en el pensamiento de Ortega y Gasset

Cristóbal Villalobos

Para reflexionar sobre la idea de Europa en la obra del genial filósofo español Ortega y Gasset es necesario partir de la idea de España y su problemática. Europa es la solución a los males españoles. Desde allí, a lo largo de sus escritos, Europa pasa de ser la solución del problema hispánico para convertirse, después de su famoso libro *La revolución de las masas*, escrito en pleno auge de los totalitarismos y de la II Guerra Mundial, en el propio problema. Por tanto, el tema que ahora nos incumbe es la decadencia de Europa y de la moral europea. Para Ortega, la solución no es otra que la creación de los Estados Unidos de Europa, precedente teórico de nuestra Unión Europea.

Pero avancemos paso a paso por este recorrido. Para ello, he dividido el artículo en tres partes: la primera parte trata sobre los intelectuales que le precedieron reflexionando sobre la relación de España con Europa y los primeros escritos de Ortega sobre el tema, la segunda narra la evolución del pensamiento orteguiano sobre Europa, tomando como base la publicación de su obra *La rebelión de las masas*, y, para finalizar, se recoge el pensamiento europeo de Ortega desde la II Guerra Mundial hasta su muerte, utilizando como eje central la publicación de su *Meditación de Europa*.

España, Europa y Ortega

Cuando los regeneracionistas surgieron liderados por Joaquín Costa a finales del siglo XIX como respuesta a la crisis y a la decadencia del sistema canovista de la Restauración, abordaron sin complejos el problema de España. Este problema no era entonces nuevo, ni ha sido superado en la actualidad. Arrastrado durante siglos, es Joaquín Costa quien lo pone sobre la mesa. Pedro Laín Entralgo lo definiría

como “la dramática inhabilidad de los españoles para sentirnos mínimamente satisfechos con nuestra constitución social, política y cultural”.

Una vez hecho el diagnóstico, los regeneracionistas se apresuraron a buscar soluciones. Así, Juan Costa es el primero en defender que los problemas de España y su atraso secular debían ser subsanados desde una perspectiva europea. De esta forma, España debería arrancar las cadenas que la sujetaban a la tradición y la perpetuaban en la añoranza de sus glorias pasadas para encaminarse hacia la modernidad y el futuro que representaba, para ellos, Europa.

Poniendo la mirada en Europa, ella nos facilitará las soluciones para la problemática situación de España. La doctrina propugnada por el regeneracionista Costa, que se ha denominado ‘costismo’, se resumía en “escuela y despensa”. Método por el cual, gracias a la mejora de la cultura de la población española, se conseguiría el incremento de la calidad de vida, acercándonos de esta forma a nuestros vecinos europeos tanto en el ámbito cultural como económico. El mismo Joaquín Costa acabó por ofrecer una figura política que pudiera llevar a cabo esta revolución, un “cirujano de hierro”. Concepto que alcanzaría bastante fama y sería tomado por el mismo Miguel Primo de Rivera, y así lo vería la mayoría de la población española cuando instauró, con el beneplácito de la Corona, un directorio militar para dar sosiego a la convulsa convivencia social española.

Pero si los regeneracionistas defendían la superación de nuestro declive nacional por medio de Europa, tras el desastre de 1898, y la pérdida de los últimos vestigios del imperio ultramarino español, la nueva generación de intelectuales, que ha sido denominada como “Generación del 98” por los especialistas, defendió lo contrario. Europa se salvaría gracias a España y se hacía necesario españolizar Europa en vez de europeizar España. El mayor defensor de esta teoría sería Miguel de Unamuno, para el que no era necesario buscar las soluciones fuera del propio solar hispano. Otro genio de las letras hispánicas, perteneciente a la misma generación, Valle-Inclán, abordaría el mismo tema en algunas de sus obras más conocidas como es el caso de *Ruedo Ibérico* o de *Luces de Bohemia.*

La Generación del 98, que acometería la situación española embargada en el más profundo pesimismo, decidió adentrarse en lo español mientras se alejaba de Europa, a la que sólo se recurriría para intentar españolizarla. A la Generación del 98 le sucedería la llamada Generación del 14. Esta nueva generación de intelectuales españoles volvería a tratar, como no podía ser de otra manera, el problema de España. Entre estos pensadores destacaba un joven filósofo, se trataba de José Ortega y Gasset, que, en 1909, a sus veintisiete años, es catedrático de Metafísica de la Universidad Central, con sede en Madrid. Ortega difiere de los escritores de la Generación del 98 para conectar con los postulados regeneracionistas. Para él, España era un problema que sólo puede solucionarse a través de Europa. De esta forma, durante el año 1910, Ortega publica varios artículos en los que defiende la tesis antes mencionada.

Así, en la revista *Europa* del 27 de febrero de ese mismo año, Ortega define a España como "una posibilidad europea". Para él, la europeización de España no significa que ésta acabe pareciéndose a Francia o a alguna de las otras grandes potencias europeas, sino que significa la creación de una 'interpretación española' del mundo, interpretación que no será posible sin superar el atraso español, utilizando para ello las herramientas que nos da Europa. Esas herramientas son la cultura, en general, y las ciencias como la filosofía, la física o la filología, creadas desde Europa, ante las que España se ha mantenido indiferente durante siglos. De esta forma, los horizontes de nuestro país se extenderán hasta el infinito aupados en la cultura europea.

Ese mismo año, en la publicación *Nueva Revista* del 27 de abril de 1910, nos transmite su concepto de Europa. Para él, Europa es la negación de la España de su tiempo. Para él, Europa es decirles a los organismos universitarios españoles que son troglodíticos y que llevan a la despiritualización del pueblo español; es también denunciar el sistema parlamentario español, con sus compras de votos, sus caciques, y es asimismo contemplar nuestra cultura y nuestro arte y disfrutarlos con respeto, como hacen en Europa. En el mismo artículo arremetería con el patriotismo estático, aquel patriotismo que se basa en la extasiada contemplación de los tesoros de la patria. Frente a este patriotismo, improductivo para Ortega, el patriotismo positivo, aquel que lleva, por medio de la crítica, a mejorar y renovar a la propia patria.

Para Ortega, continúa el artículo, Europa constituye un método casi científico para atacar la chabacanería española, constituye el espíritu renovador que logrará una nueva España. De esta forma, se terminaría también con los exotismos y los extranjerismos. Europa nos salvaría de la extranjerización. Así, frente al influjo de las culturas francesa, inglesa o alemana, de la que importamos los términos y, sobre todo, las ideas y los avances, podremos exportar nuestra propia cultura a Europa.

Asimismo, Europa es símbolo de colaboración. En España, todo atisbo de colaboración es inexistente, y, en la mayoría de los casos, esa colaboración se dirige hacia proyectos poco honorables. Por eso puede considerarse complicidad más que colaboración. En cambio, en Europa, la colaboración caracteriza la forma de vida.

Estas primeras líneas del pensamiento de Ortega sobre el concepto de Europa fueron realizadas en 1910, pero estas opiniones no se encontraban solas en el contexto cultural e intelectual de la España de la época. Entre los grandes pensadores que apoyan las tesis europeístas de Ortega destacan el doctor Marañón, Ramón Menéndez Pidal, o los historiadores Américo Castro y Sánchez Albornoz, entre otros.

Muchos de estos pensadores estaban ligados a las corrientes intelectuales y filosóficas alemanas; de hecho, la mayoría de estos autores tradujeron obras germanas al español, como es el caso de Fernando de los Ríos, traductor de Jellineck, o como García Morente, que tradujo al español la obra de Spengler

titulada *La decadencia de Europa*, libro que tuvo una enorme influencia en la Europa de principios del siglo XX. No olvidemos también cómo el propio Ortega completó su formación académica en varias universidades alemanas; concretamente, entre 1905 y 1908, en las universidades germanas de Leipzig, Berlín y Marburgo, donde asistió a las clases del neokantiano Hermann Cohen. De esta generación, sólo Manuel Azaña no estaba vinculado, de alguna forma, a la cultura alemana; sin embargo, era francófilo y apostaba por los sistemas políticos y sociales de Inglaterra y, fundamentalmente, de Francia, para instaurarlos en España.

En 1913, Ortega organiza un homenaje de desagravio a Azorín, debido al rechazo de la Real Academia Española a concederle un sillón vacante en esta institución. Allí volvió a cargar, como había hecho antes bastantes veces, contra la clase política de la Restauración, volviendo a situar a Europa como punta de referencia para salvar a España, no sin antes criticar duramente al máximo artífice de la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo, responsabilizándolo de los males de la nación española.

Al año siguiente publica, en el Escorial, la primera de sus grandes obras. Se trataba de *Las Meditaciones del Quijote*. En esta obra, el genial filósofo vuelve a plantearse qué es España y ofrece su solución al problema hispánico: Europa.

Durante los años siguientes, además de realizar una notable labor docente en instituciones como la recién fundada Residencia de Estudiantes, en la que impartió clases a Buñuel, Dalí o a Lorca, llevó a cabo una importantísima actividad periodística. A parte de publicar artículos en innumerables medios escritos, fue fundador de varias publicaciones: en 1917 fundó el diario *El Sol*, en 1915 fundaría la revista *España* y en 1923 la *Revista de Occidente*.

En todas estas publicaciones, que sirvieron para aumentar su influjo y su magisterio entre los intelectuales españoles, inició una importante labor política persiguiendo un cambio en España. Entre la multitud de temas tratados en estos textos es recurrente el que aquí tratamos, el de España y Europa. Buena parte de estos artículos se recopilaron en los ocho volúmenes de *El espectador*, publicados entre los años 1916 y 1934.

La rebelión de las masas

Durante esta época escribiría la más importante de sus obras. Nos referimos a *La rebelión de las masas*, el libro más famoso y difundido de Ortega. *La rebelión de las masas* fue publicado por medio de artículos periodísticos a partir del año 1926 y apareció como libro en el año 1930, siendo traducido a innumerables lenguas y obteniendo para su autor el máximo reconocimiento internacional. En 1937, Ortega agregó a su obra un *Prólogo para franceses* y, en 1938, un *Epílogo para ingleses,* con los que completaría la obra.

En este libro, Ortega difunde las claves de su pensamiento filosófico. Enuncia y explica sus teorías sobre la vida humana y sobre la vida en sociedad, destacando

en ellas las ideas de masa y de minoría, de las que surge el tipo humano que caracteriza nuestra sociedad; según Ortega, este tipo humano es lo que llama el "hombre-masa", modo de vida al que se opone la "vida noble", o lo que él denomina "noblesse oblige", una forma de vida por la que, para algunos hombres, la vida es un constante esfuerzo de superación personal.

Pero este sistema filosófico tan original y que revolucionará la filosofía de su época, no sólo se limitaba a la reflexión sobre la vida del hombre moderno y de la de su sociedad. La segunda parte del libro se dedicaba a reflexionar sobre lo que él denomina el mando europeo.

Es el primero en preguntarse si Europa manda en el mundo y si lo hará en un futuro; además, reflexiona sobre la decadencia europea que tantos autores habían proclamado en esos años. De esta forma, escribe sobre la desmoralización de Europa.

Durante siglos, en el continente europeo se había formado un sistema de normas que el tiempo había demostrado efectivas. Estas normas, según él, no eran perfectas, pero eran las mejores hasta que no surgieran otras que las superasen. Sin embargo, lo que él llama el "hombre-masa", es decir, la mayoría de sus contemporáneos, había decidido renegar de esta cultura europea sin ofrecer a cambio otras normas que rijan la convivencia del continente. Esto es, para Ortega, una consecuencia de la pérdida del poder de Europa en el mundo. De esta forma, no existe ningún sistema de poder capacitado para sustituir el mandato de Europa ya que las dos potencias emergentes de la época, o sea, la Unión Soviética y los Estados Unidos, son consideradas, por el propio autor, como sucursales de la cultura europea.

Para Ortega, un ejemplo de esos intentos por acabar con la cultura europea es el comunismo. Sin embargo, el comunismo no constituye para él una verdadera moral o civilización, es una "no moral" surgida de lo mismo que ellos quieren atacar, es decir, de la misma civilización europea.

Para Ortega, la nación significa una empresa, un quehacer común, una unidad de destino. Critica el nacimiento de los nacionalismos, que, en contra de una empresa y una nación europea, crean naciones diminutas y sin importancia y que sólo logran que las atmósferas de las naciones se conviertan, según sus palabras, en atmósferas provincianas que dificultan todo proceso cultural, moral y técnico.

La solución a esta decadencia de Europa, causada por la renegación de los mismos europeos a su cultura por medio del comunismo, de los nacionalismos o de otras teorías políticas, sólo puede superarse, según Ortega, por medio de una gran empresa que instaure una nueva moral europea, un nuevo programa de vida. Para Ortega, esa empresa es la unidad Europea. Sólo mediante una misión como ésta, los europeos podrán sentirse unidos, realizando una tarea digna y restaurando la moral de Occidente. Esta gran obra se manifestaría en la creación de unos Estados Unidos de Europa, creando así una sola gran nación con el grupo de los pueblos

continentales europeos, con la cual Europa volvería a creer en sí misma, se disciplinaría y seguiría avanzando hacia el futuro y el progreso. Compara el proyecto con un gran enjambre de abejas en el que todas vuelan en la misma dirección.

Asimismo, esta supranación no significaría acabar con la pluralidad de las diversas naciones. Estas diferencias se conservarían, por ser positivas, pero son más las cosas que unen a las naciones europeas que aquellas que las diferencian y en las que los distintos nacionalismos hacen hincapié. De esta manera, Ortega diferencia entre dos planos por los cuales se mueve el hombre europeo; por un lado, un sistema de usos europeos, o una civilización europea, y, por otro, unos usos particulares que Ortega denomina diferenciales.

La obra se completa con un *Prólogo para franceses*, en el que se vuelve a defender esa unidad europea y la necesidad de una supranación europea que incluya a los estados nacionales, y termina con un *Epílogo para ingleses,* escrito en 1938, en el que se defiende que no basta solamente no hacer la guerra para vivir en paz, sino que, para ello, resulta necesaria la creación de unos sistemas y unas herramientas internacionales con los que las naciones puedan solucionar los conflictos sin desembocar en otra guerra. Así, critica a la Sociedad de Naciones, que constituía hasta la fecha el único intento de crear un sistema similar al que Ortega preconizaba. Sin embargo, para Ortega, este organismo sólo contribuyó, con su diplomacia, a la desmoralización de Europa.

Toda la obra, a excepción del epílogo y del prólogo, fue publicada en 1930. Entonces Ortega se encontraba inmerso en una lucha política en la que le acompañaba buena parte de los intelectuales de la Generación del 14 y de otros grupos intelectuales. Esta lucha perseguía la instauración en España de un régimen republicano, una lucha que no era otra cosa que el deseo de europeizar España instaurando un sistema político democrático.

Meditación de Europa

Así fue como, tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera, y ante la decisión del rey Alfonso XIII de otorgar el gobierno al general Berenguer, escribió un artículo el 15 de noviembre de 1930 en el diario *El Sol*. Este artículo se publicaría bajo el título de "El error Berenguer" y terminaba con la frase latina, que pasaría a la historia, "Delenda est monarchia", con la que Ortega animaba a acabar con el régimen monárquico, que terminaría por caer el 14 de abril del año siguiente. El respaldo de Ortega al republicanismo supuso un enorme apoyo para esta causa, apoyo que se mantuvo con la creación de la Agrupación al Servicio de la República, el 10 de febrero de 1931, junto con otros dos grandes intelectuales de su generación, Marañón y Pérez de Ayala. De esta forma, llegó la República a España y Ortega fue diputado.

Pronto, la joven República avanzó por senderos que no eran compartidos por el filósofo. Después llegaría la Guerra Civil, que pasó exiliado en diversos países

europeos afirmando su europeísmo y defendiendo las ideas expresadas en *La rebelión de las masas*. Es en esta época cuando incluye, en esta obra, el *Epílogo para ingleses*. Pero sus ideas de supranación europea y de sistemas que acabaran con las guerras, expuestos en este epílogo, no impidieron la catástrofe de la II Guerra Mundial.

Tras la guerra, Ortega seguía creyendo en la unidad europea. Lejos de desilusionarse, acudió, en 1949, al Berlín dividido de posguerra. Allí, como en buena parte del mundo, era una auténtica autoridad. La conferencia se tituló *De Europa meditatio quaedam* en la que, veinticinco años después de *La rebelión de las masas* y, después de la II Guerra Mundial, vuelve a proponer la necesidad de la creación de unos Estados Unidos de Europa; incluso justificó la necesidad de la creación de un mercado común europeo. Estos pensamientos fueron defendidos mediante el análisis de la historia de la sociedad europea y del concepto de nación. Para él, Europa no es algo que halla que construir, sino que está ahí con anterioridad a las diferentes naciones.

Esta conferencia fue revisada y ampliada por el propio Ortega con el fin de publicar un libro. No pudo terminar el trabajo, pero, junto con otros textos sobre el tema europeo, fue publicada en una obra que se tituló *Meditación de Europa*.

No fue la única conferencia que Ortega impartió durante estos años versando sobre estas mismas ideas. En 1953, dictó una conferencia en Munich que se tituló *¿Hay una conciencia de la cultura Europea?* y que se publicó en alemán bajo el nombre de *Cultura europea y pueblos europeos*, en la ciudad de Stuttgar, al año siguiente.

Ortega y Gasset contribuyó de forma inestimable a la unidad de Europa con sus textos y conferencias. Obviamente no fue el único que tomó partido por esta causa, pero teniendo en cuenta el influjo que suscitó entre los intelectuales contemporáneos, su aportación fue inestimable.

Un año después de dictar su famosa conferencia en Berlín nacería un organismo que iniciaría la senda propuesta por Ortega. Se trataba del Consejo de Europa, creado en 1949. Tres años más tarde, en 1951, se fundaría la Comunidad Económica del Carbón y del Acero. Esta comunidad sentaría las bases, partiendo por las económicas, de la futura Comunidad Económica Europea, que derivaría en la actual Unión Europea.

Ortega no pudo ver la Unión Europea, ya que falleció en 1955, pero debemos tener presentes sus escritos para no interrumpir la marcha y seguir avanzando hacia una convergencia europea más profunda.

Hoy, más que nunca, la obra de Ortega se encuentra vigente.

[GIBRALFARO, Nº 53, enero-febrero de 2008]

Las profecías de Ortega y Gasset: La Unión Europea

Alejandro Serrano Caldera

La muerte de Julián Marías, el último gran discípulo de José Ortega y Gasset,, y el artículo de Mario Vargas Llosa, *La rebelión de las masas*, "La Prensa", 11 de diciembre de 2005, en homenaje a los cincuenta años de la muerte del filósofo español (1955) y a los setenta de la aparición del libro más difundido, traducido y polémico de Ortega (1930), me llevan a escribir de nuevo sobre este pensador, cuyo impacto en la cultura de lengua española ha sido incuestionable, sobre todo en la primera mitad del siglo XX.

En lo personal, La rebelión de las masas, pese a las reservas que pueda ahora tener por algunas de sus rotundas afirmaciones, tiene para mí un valor afectivo y sentimental; fue el primer libro de Ortega y Gasset que compré y leí durante mis años de estudiante en Europa. Junto a mi nombre que escribí en la primera página, hoy amarillenta, aparecen el lugar y la fecha: París, agosto, 64. Era la decimoquinta edición de Espasa-Calpe en la Colección Austral, aparecida en 1961.

Ortega fue un pensador de gran inteligencia y audacia y un escritor con una prosa deslumbrante en el manejo de las ideas, muchas veces certero y profético, algunas otras excesivo y arrogante en donde la brillantez de su escritura deja, en ocasiones, una cierta sensación de superficialidad y vacío. Lo cierto es que nadie que lo lea queda indiferente ante su pensamiento, pues tiene la virtud de atrapar al lector y de hacerlo sentir copartícipe, o cómplice, de sus razonamientos, intuiciones y profecías.

A diferencia de Sartre que no sólo estaba convencido de lo que decía y hacía, sino que además no le alteraba que los demás creyeran o no lo que pensaba y decía, independientemente que defendiera en forma encarnizada sus puntos de vista, en

Ortega, tengo la impresión, había una fuerte amargura e irritación por no ser comprendido y reconocido por sus contemporáneos y que sus ideas, dichas no pocas veces en forma precursora, fueran reconocidas posteriormente en los escritos de otros pensadores. Esto ocurrió en ciertas ocasiones y de ello hay testimonio en sus libros.

Quizás uno de los hechos más extraordinarios de su pensamiento, no reconocido suficientemente todavía, haya sido su preocupación y profecías sobre Europa. Ortega y Gasset es el pensador que de manera más clara y directa planteó la Unión Europea, tal como Mario Vargas Llosa lo resalta en su artículo de La Prensa, cuando expresa que "Esta propuesta audaz de Ortega a favor de la Unión Europea que sólo medio siglo más tarde comenzaría a tomar forma es uno de los más admirables aciertos del libro y una prueba de la lucidez visionaria de que hizo gala a veces su autor".

Y el mismo Ortega y Gasset, en muchas partes de su libro y, específicamente, en el Prólogo para los franceses dice: "Ha sido el realismo histórico el que me ha enseñado a ver que la unidad de Europa como sociedad no es un ideal, sino un hecho y de muy vieja cotidianeidad. Ahora bien, una vez que se ha visto esto, la probabilidad de un Estado general europeo se impone necesariamente... La figura de ese Estado supranacional será, claro está, muy distinta de las usadas, como, según en esos mismos capítulos se intenta mostrar, ha sido muy distinto el Estado nacional del Estado-ciudad que conocieron los antiguos".

Posteriormente, en septiembre de 1949, planteó de manera específica el tema de la unidad europea, en su conferencia, *De Europa meditatio quaedam*, pronunciada en Berlín Occidental en esa fecha y que fuera recogida junto con otros escritos sobre el tema por la Colección El Arquero, de la Revista de Occidente en un libro póstumo cuya primera edición apareció en 1960, con el título Meditación de Europa.

En efecto, y en una parte de la obra dice: "Otra vez, y más que ninguna otra vez, el genio histórico tiene ahora ante sí esta formidable tarea: hacer avanzar la Unidad de Europa, sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia".

Creo, como expresa Vargas Llosa en su artículo, en la existencia de un pensamiento liberal en Ortega y Gasset en lo que se refiere a la "Defensa del individuo y sus derechos soberanos, de un Estado pequeño y laico que estimule en vez de ahogar la libertad individual, de la pluralidad de opiniones y crítica"... liberalismo que, como expresa Vargas Llosa, "no va acompañado con la defensa de la libertad económica, del mercado libre, un aspecto de la vida social por la que Ortega siente una desconfianza que se parece al desdén y sobre la cual muestra a veces un desconocimiento sorprendente en un intelectual tan curioso y abierto a todas las disciplinas. Se trata, sin duda, de una limitación generacional".

En realidad no creo que haya sido por desdén, desconocimiento o refinamiento cultural que excluye la actividad económica como groseramente material lo que haya determinado en Ortega prescindir de lo que se denomina el liberalismo económico. Creo que de vivir hoy, posiblemente habría rechazado los fundamentos y las consecuencias del neoliberalismo y la globalización, no por la universalidad de sus efectos, sino por la uniformidad y el aplanamiento de la cultura y valores que estas prácticas, tal como se llevan a cabo actualmente, producen. Para usar un término de Octavio Paz, diríamos que ante la uniformidad que no une hay que buscar lo que una sin uniformar, pues en esa uniformidad, se estaría reproduciendo el hombre homogéneo, el hombre masa ante el cual reaccionó tan vigorosamente Ortega y Gasset.

Creo que el espíritu general de la obra de Ortega y Gasset se orienta a la recuperación del individuo en su plena humanidad por encima de las abstracciones de la historia, sean estas el Estado absoluto o el mercado total. Lo fundamental de su pensamiento es la "Razón Vital" por la que todo aquello que uniforme o subordine la libertad esencial de la persona debe ser rechazado y, en todo caso, adecuar los mecanismos políticos, económicos y sociales, al verdadero sujeto y destinatario de la historia que es el ser humano.



España, Ortega, Europa

Eliseo Álvarez-Arenas

En un largo artículo en Faro, el 8 de marzo de 1908, un muy joven José Ortega y Gasset, muchacho pensante ya en profundidad, decía: "Mi liberalismo lo exige: me importa más Europa que España, y España sólo me importa si integra espiritualmente Europa. Soy, en cambio, patriota, porque mis nervios españoles, con toda su herencia sentimental, son el único medio que me ha sido dado para llegar a europeo. Ni tristeza, ni melancolía me produce ser español; es más, creo que España tiene una misión europea, de cultura, que cumplir; veo en ella un campo donde hay más faena por acabar que en otras dentro de esta grande obra del progreso moral". Es de subrayar eso de que España tiene una misión europea que cumplir, no sólo de cultura -como decía entonces Ortega- sino extensa y decidida en todo ámbito.

En otros escritos orteguianos de ese tiempo -artículos y opiniones periodísticas- se refleja con intensidad suficiente el sentir del pensador español hacia la relación España-Europa o, tal vez mejor, Europa-España. Todavía en 1908 decía que "la necesidad de europeización me parece una verdad adquirida", y, poco después, que "falta levadura para la fermentación histórica, los pocos que espiritualicen y den un sentido de la vida a los muchos. Semejante defecto es exclusivamente español dentro de Europa". Y más adelante: "Los españoles que sueñan con la imagen de una España europea no tienen otra arma que las razones". Y aún habría varias citas más, de esos años iniciales del siglo XX, para señalar la profunda sensibilidad de Ortega hacia la necesaria comprensión de la europeización de España mediante la proyección vital de España hacia Europa.

Este recuerdo puede dibujar con definición clara el perfil del sentimiento orteguiano desde lo español a lo europeo y frente a lo europeo del impulso español. Ortega y Gasset era europeo desde siempre; en su primera juventud hemos visto algo, y en su obra posterior queda marcado eso para quien la haya estudiado y comprendido. Puede decirse que fue europeo-español y también español-europeo,

porque para él lo español era todo europeo, y lo europeo tenía enormes dosis de lo español, desde prácticamente el principio de la historia -de la de Europa y de la de España- hasta el siglo XX que él vivió.

Pero ya desde su juventud y a lo largo de su benéfica vida intelectual enmarcada en la historia dejó plasmado Ortega con vigor firme su sentir del vacío europeo de España, aunque mejor acaso y con más definida expresión fuera decir el vacío europeo de los españoles. Ortega vio y sintió con claridad meridiana que España no había estado en Europa en un pasado relativamente reciente con intensidad y vitalidad apreciables, pero que lo había estado bastante menos en el siglo XIX y con semejante valor de ausencia en su propio siglo XX.

Tal ausencia de España en Europa -del español en lo europeo, sería acaso mejor decir- vino sin duda de azares históricos, pero en mucho fue también efecto de la débil enseñanza del político español -en parte asimismo de los intelectuales- sobre la europeización en general y hacia la necesidad -imposición histórica de siempre- de que el español sienta y conozca lo europeo y lo que Europa, en ese tiempo bisecular desde 1800 a 2000, fue, es y será para España y para los españoles: en suma, de que el español se europeice.

Vista al cabo de un siglo la opinión de Ortega, cuando Europa se está haciendo o está siendo hecha por ciertas naciones europeas -que son muy pocas; las demás van a remolque-, parece conveniente subrayar su vigencia hoy, con referencia clara a lo español -a España y al hombre español-, que eso concreto español no está suficientemente europeizado. España, podríase decir, "está" en Europa hoy, pero "no es" todavía Europa con la intensidad actualmente histórica que implica hoy también, a una nación, ser de Europa… sencillamente ser europea. Le ha faltado al español -y le falta aun hoy- la enseñanza preceptiva para europeizarse. El maestro para tal saber ha debido ser, y debe ser hoy y siempre, el político, el que en el poder y desde él ha de educar al pueblo en varias direcciones -una de éstas la de hacerse europeo siéndolo por naturaleza histórica-, a ese pueblo que en el fondo le ha elegido para realizar tal función entre otras.

Todo lo considerado hasta ahora se enraiza en lo que pudiéramos llamar, en resumen, como ser europeo. Ser europeo ha sido siempre difícil, pero lo es acaso más ahora, cuando la Europa práctica está empezando a "ser", que ayer, cuando muchos creían que ya lo era. Y es, tal vez, porque para ser europeo se necesita querer serlo después de sentirlo. De ahí que las naciones europeas, ahora que Europa anda hacia su práctica realización, hayan de convencerse de que están obligadas a reforzar su europeización.

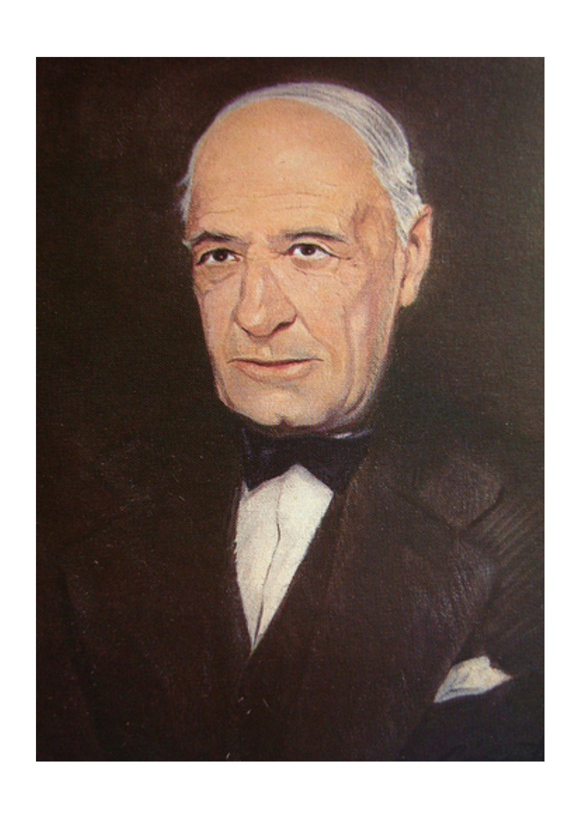
Por eso, acaso, el español que se siente o se sienta europeo, ha de ser antes europeo que español -si la comparación vale- porque Europa, probablemente, es y ha sido antes que España, y porque España no es ni ha sido nada sin Europa. Todo ello así, ahora, porque Europa está naciendo en la realidad práctica con vitalidad ya secular y porque su historia está empezando a ser realidad indiscutible. Es preciso y

obligado desde hoy ser europeo, aunque para ser europeo, ayer y hoy, es necesario ser y seguir siendo nacional de su nación.

El español hoy -en lo nuestro ahora-, casi como lo era en la juventud de Ortega y Gasset, no es lo debidamente europeo que ser debiera. No parece sentir -porque no le anima a ello la educación política- la necesidad de europeizarse radical y verdaderamente, ni el interés en coadyuvar a que la Europa de hoy, en trance de ser Europa, llegue a realizarse en la debida forma a la que la historia secular le impulsa. ¿Cómo podrá lograr tal sentir necesario?: oyendo la enseñanza, si se prodigara en realidad patente, de políticos conscientes y verdaderos, y también de intelectuales convencidos de la conveniencia de la europeización de los españoles y de la de España en consecuencia.

Pero está dando la impresión, en lo español histórico desde hace demasiados decenios, de que ni el político ni el intelectual españoles están sintiendo la obligación histórica también de ejercer esa enseñanza, o que, si la sienten, no son capaces de interesar con sus lecciones al español de estos tiempos -ya largos y en mucho ignorados- para que comprenda la necesidad de hacerse de verdad europeo y de europeizarse suficientemente como para incorporarse con intensidad comprendida y eficaz por tanto a la Europa real y verdadera.

¿Llegarán esos maestros, aún acaso en ciernes, a lanzar esas sus lecciones de tal orden a los oídos españoles que sientan la inquietud de ser de verdad europeos? No se sabe, tal vez. Quizá Dios lo sepa.



La idea de Europa en el pensamiento politico de Ortega y Gasset

Sebastian J. Lorenz

I. Ortega y Gasset: «el Decano de la Idea de Europa»

En torno al europeísmo orteguiano se ha repetido constantemente, en un intento de dislocación filosófica, que el autor de *La rebeliôn de las masas* se ads cribió explícitamente al paneuropeísmo del conde Coundenhove-Kalergi. Es indudable que el afán europeo de Ortega y Gasset se manifestara en gestos de adhesión a todo intento unificador y, en mayor medida, a movimientos que, como Pan-Europa, se adornaban de un elitismo irrelevante, pero es obvio que Ortega poseía una concepción muy íntima de lo que Europa significaba.

De ahi que éste pretenda ser un serio y profundo estudio sobre la idea de Europa en el autor espanol, que arranca del binomio regeneración-europeización, puesto de manifiesto por sus más fieles investigadores corno son Julian Marías, Gonzalo Fernández de la Mora, Xavier Zubiri y Paulino Garagorri, entre otros. Y no es un intento facil, porque Ia reflexión europea de Ortega se encuentra dispersa, si exceptuamos el volumen *Europa y La idea de Nación o De Europa meditatio quaedam*, a lo largo de su extensa obra intelectual. Este fructífero viaje a través de la "circunstancia europea" de Ortega, alrededor de sus nuevas ideas, nos hará comprender la relativa presuntuosidad del titulo que encabeza, en majestuoso imperio, esta introduección, porque el mismo Ortega y Gasset se autodefinía como el "Decano de Ia idea de Europa".

II. La idea de "Regeneración y Europeización" en las generaciones de combate

La bandera regeneracionista de Ia "GeneraciOn del 98" fue recogida, como compromiso intelectual, por la generación de Ortega y Gasset. Este distinguió magistralmente las "épocas cumulativas", conservadoras, solidarias, entre lo viejo y

lo nuevo, y las épocas eliminatorias, o "generaciones de combate", innovadoras, sustitutivas, beligerantes, polémicas, jóvenes y constructivas. En este sentido, la Generación del 98 fue dlecididamente "eliminatoria", mientras que la de Ortega comparte al mismo tiempo elementos-cúmulos y elementos-sustitutos, respecto a la Restauración por un lado y en relación con la idea de continuidad reflexiva sobre el problema de Espana y Europa como gesto hacia la del 98 por otro.

Reconstitución y europeización de España es el título de un volumen estructurado por varios ensayos de Joaquín Costa (3), que lanzaban la idea de «regeneración», sostenida por la minoría intelectual del último decenio del siglo XIX. Esta élite ideológica trabajaba dentro de una innegable disciplina intelectual, de la que hay que destacar su «radicalismo teórico» opuesto a la frivolidad de la Restauración. Eran hombres de increíble sinceridad, honestidad y buena fe, para los que, invirtiendo los términos canovistas, «hay que volver a empezar». No era suficiente una Restauración, sino que hacía falta una regeneración efectivamente radical y cuasi-revolucionaria, realizada, eso sí, desde las raíces mismas de la sociedad.

Pero quizá lo más novedoso es el programa de europeización: la dolorosa conciencia de que España no forma parte de la comunidad de destino llamada Europa. Costa apuntala desesperadamente sus líneas maestras: «Contener el movimiento de retroceso y africanización que nos arrastra lejos de la órbita en que gira y se desenvuelve la civilización europea...» En el interior de esta dinámica regeneracionista, Ortega y Gasset va por el mundo con «España puesta», pero ello no le va a impedir luchar contra el «aldeanismo y provincianismo», manifestado en su afán de europeización, que le lleva incluso a enfrentarse con Menéndez Pelayo por sus tendencias «casticistas» e «intraespañolas». Cuando Ortega contrapone «Europa» a «el extranjero» quiere decir que aquélla no es algo extraño, ajeno, y que europeizarse no es «irse afuera», sino henchir, dilatar la propia «circunstancialidad de España» en Europa.

En cierta medida, Ortega es heredero «cumulativamente» de la preocupación por España sentida por la Generación del 98, que utiliza como instrumento la literatura contemplativa, en el esfuerzo por comprender estética y sentimentalmente la realidad en torno. Desde esta actitud se va a movilizar el europeísmo de Ortega: va a tener que ser europeo para poder ser un auténtico español.

Ortega teoriza entre la irracionalidad y la erudición: «Regeneración es inseparable de europeización... Regeneración es el deseo, europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente, España era el problema y Europa la solución.Pero Ortega echaba de menos una definición de Europa, afirmando al final que «la colaboración es la manera de vivir que caracteriza a los europeos».

La europeidad orteguiana es, por un lado, el método para «hacer España», despojándola de todo exotismo e imitación afro-oriental, y por otro, la tabla de salvación de lo extranjero y ajeno. La condición de España es Europa: Europa como capacidad creadora de cultura, como acumulación de esfuerzos que levantan

un «nivel», un punto de vista, que España debe hacer suyo dejando de estar, no por debajo de otras naciones, sino por «debajo de sí misma». Pero España no sólo recibe, también contrapresta. Europa se ha quedado pequeña y necesita de España, espacio libre donde agitar las sensibilidades del cuerpo y del espíritu.

Ortega, que definía a Costa como «el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo», consideraba al escritor aragonés como el hombre-fórmula adecuado para delinear el problema español en base a los conceptos de «regeneración» y «europeización». J. Costa representa la dualidad contradictoria del historicismo: hombre de ciencia y hombre instintivo, procedente de una etnia irreductible, historicista y neorromántico, estudió al pueblo español desde una perspectiva irracionalista y austera. El pensador Costa percibió la decadencia española como consecuencia de la desviación de la espontaneidad de la etnia ibérica por una minoría reflexiva inadecuada. He aquí la idea romántica de la vuelta a la espontaneidad étnica con el objeto de reconstruir la unidad de las reacciones castizas, de «europeización», como retomo a lo más íntimo, a lo más nativo.

Aunque Ortega y Costa coinciden en lo esencial, su radiografía sociológica sobre España difiere en lo específico. Costa habla del «pseudopaís», que identifica con la clase dirigente, y del «verdadero país» o pueblo (coincidente con la idea del Volksgeist), mientras Ortega distingue una España oficial, o combinado enfermo de gobernantes y gobernados, frente a la España vital, que no acierta a entrar de lleno en la historia.

La actitud militante-europeísta de Ortega le hizo enfrentarse a Unamuno, el cual abandona su originaria posición eurófila y desemboca en la «desviación africanista». Sin embargo, cuando Unamuno intenta renegar de su condición europea, huidiza, pero evidenciada, parece vacilar: en última instancia no se atreve estilísticamente a rechazar los conceptos de europeidad y modernidad. La generación europeísta encontró, pues, en la personalidad de Ortega y Gasset su principal mentor y su base reflexiva fundamental.

III. Europa y la idea de Nación

La idea de Nación en el pensamiento de Ortega tiene su punto de partida en la crítica constructiva de la «realidad nación», definida por Toynbee como una combinación de «tribalismo y democracia». Porque, para el pensador español, la existencia de las naciones e incluso de la conciencia nacional es anterior a todo «democratismo». De ahí que Ortega no necesite retroceder a la idea de Tribu para aclarar la idea de Nación, sino que delinea someramente el perfil de ésta en contraste con la idea de Pueblo y la idea de Ciudad como formas intermedias entre la tribu y la nación. Entonces, ¿qué es una Nación para Ortega y Gasset? El sentido de Nación referido a los pueblos europeos tiene un significado de «unidad de convivencia» distinta a lo que entendemos por un «pueblo» o colectividad

constituida por un repertorio de usos tradicionales que el azar o las vicisitudes de la historia ha creado.

Ortega y Gasset fundamenta toda su reflexión sobre la conocida sentencia de Renán según la cual «la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano». Así, la sangre, la lengua, el pasado son condiciones esenciales para «ser un pueblo», y, al mismo tiempo, principios estáticos, porque una Nación no es algo «que se es», sino algo «que se hace», nación *in statu nascendi*, nación como realización de un futuro que se regocija en el placer de revivir el pasado. Nación como empresa y tradición.

En Europa, el proceso creador de las estructuras históricas como estados nacionales se ha desarrollado al ritmo dinámico en tres momentos. En primer lugar, el instinto europeo de fusionar en unidad de convivencia a grupos étnicamente próximos. En segundo lugar aparece el nacionalismo como exclusivismo cerrado frente a «otros» pueblos, pero lentamente esos pueblos enemigos van tomando conciencia de su pertenencia al mismo «círculo humano». Y en tercer lugar surge la nueva empresa, la unidad de pueblos ayer enemigos, hoy amigos, mañana hermanos. «He aquí madura la nueva idea nacional europea».

Europa ha llegado a ser «nación» sensu stricto por la articulación intercombinada de los usos tradicionales inerciales en el europeo con una «forma de ser hombre», en el sentido más elevado, que aspiraba precisamente a «la manera más perfecta de ser hombre» como proyección sobre el porvenir. Y cada prototipo de hombre concebido en los distintos pueblos europeos representa «una forma peculiar de interpretar la unitaria cultura europea». «Ser francés» o «ser español» constituía una enérgica pretensión de representar mejor la figura-tipo de hombre y ello hizo que los pueblos de Europa «se mantuvieran en forma», incitándose convivencialmente hacia la perfección. Sin embargo, esta idea le lleva a Ortega a concebir la «Nación-Europa, ante todo, como un programa de vida hacia el futuro, porque la rica pluralidad nacional que constituye Europa, las «pequeñas naciones históricas constituidas», se quedaron sin porvenir, sin proyectos creativos, cayendo, por tanto, en una simplona actitud defensiva.

Para Ortega, Europa iba a caer muy pronto en «envilecimiento», en desmoralización, porque la idea de Nación había agotado su contenido. La única solución para la salvación de los pueblos de Europa es la siguiente: «trascender esa vieja idea esclerosada poniéndose en camino hacia una supra-Nación, hacia una integración europea». Más adelante, Ortega vuelve a repetir machaconamente la misma idea de articulación de las naciones europeas en una unidad política supra o ultranacional «como forma más perfecta de vida colectiva». Las naciones europeas se han convertido en provincias continentales y corren el peligro de practicar un «nacionalismo hacia dentro», un nationalisme rentré, cuando lo acuciante es superar el freno de la idea de nación y ejercitar deportivamente un «nacionalismo hacia afuera», no universal, sí europeo-continental, que les lleve a «vivir, moverse, ser».

Llegados a este punto de la meditación sobre Europa, Ortega lanza la idea del principio de bidimensionalidad del conjunto europeo. Es decir, que, por un lado, cada nación europea se siente viva en la gran sociedad europea constituida por el gran sistema de usos europeos llamado «civilización» (12), y por otro, que cada una de ellas se comporta según el legado de usos particulares, esto es, diferenciales. Amigo de los ejemplos y comparaciones históricas, Ortega subraya la dosis de similitud entre la estructura social del hombre griego y la del hombre europeo, ya que la socialidad del individuo helénico también se forma por la confluencia de dos estratos: consciente de ser polites, ciudadano de la polis, como el europeo de su nación también, como un «flujo subterráneo», posee «conciencia de comunidad» con todos los griegos, como los europeos se sienten de alguna forma parte de Europa.

Pero el Estado nacional europeo que Ortega propone no está inspirado, como algunos pseudointelectuales interesados en deformar una ideología personalísima han pretendido, en principios de carácter biológico o geográfico, sino en la «voluntad política misma». Esto es, Nación-Europa como «unión hipostática del poder público y la colectividad por él regida». Si en la formación trágico-heroica de los pueblos europeos (insistimos, «pueblos» y no «naciones») fue decisivo el encuentro conciliador, a veces violento, de elementos como la sangre, la lengua, el territorio, éstos, sin embargo, dificultan el afán unificador del Estado nacional, por una inversión del proceso nacionalista. Nuestro «decano de la idea de Europa », gran conocedor de la Historia, desatiende a lo largo de su reflexión lo que a él le parece un peligroso reduccionismo étnico-lingüístico. Su obsesión por la unidad europea, por la superación de las fronteras nacionales como un obstáculo que la idea europea encontró en su proceso de consolidación, no le hace detenerse en esa mágica predeterminación espontánea de la historia como es la comunidad étnica, y su delirio europeísta hace que se centre en esa voluntad política definitiva de constitución europea, sin precisar, en cambio, cuál va a ser esa «nueva forma» de estructura jurídico-política.

No le hace falta a Ortega puntualizar esa nueva estructura porque, como conclusión innovadora, afirma que «una cierta forma de Estado europeo ha existido siempre», al poseer Europa en lo más íntimo de sus entrañas un «poder público europeo» y una «opinión pública europea» que constantemente han dejado sentir su presión vital sobre todos los pueblos. Así, la figura del Estado europeo como ultra-Nación sería puramente dinámica, difícil de definir o equiparar políticamente a cualquier otra figura que haya adoptado el Estado nacional. Y esa misma dinamicidad se denomina, según Ortega, «equilibrio europeo». La realidad Europa no es una «cosa», sino un equilibrio. «La unidad de Europa —escribe— no es una fantasía, sino que es la realidad misma, y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas y, por tanto, completas e independientes.»

El pensador español afirma la posible, la probable unidad estatal de Europa, pero no se solidariza, ni siquiera verbalmente con los «Estados Unidos de Europa», con lo cual pone punto y final a cualquier intento de asimilar su «idea» con las corrientes paneuropeistas tan en boga en la Europa de entreguerras. Mas, por otra parte, «es sumamente improbable que una sociedad, una colectividad como la que ya forman los pueblos europeos, no ande cerca de crearse su artefacto estatal mediante el cual formalice el ejercicio del poder público europeo ya existente ». Ortega no se deja arrastrar por un falso idealismo, sino por el realismo histórico que ve en la unidad de Europa «un hecho de muy vieja cotidianeidad». En definitiva, la imposición de un Estado general europeo tiene condición de necesidad y la ocasión para su constitución y término del proceso unificador puede venir del «peligro amarillo» o del «gran magma islámico».

IV. La existencia de una Sociedad Europea

Una sociedad es la convivencia de un grupo de hombres sometidos a la presión de un sistema de usos generalizado, que pueden ser usos intelectuales o «maneras tópicas de pensar», es decir, opiniones o «vigencias sociales» que actúan automáticamente sobre los individuos, que Ortega, en su afán de precisión lingüística, denomina «lugares comunes» entre las personas integrantes del cuerpo social que conforman su «idea» específica. Ortega quiere insinuar que los pueblos europeos son desde hace mucho tiempo una sociedad: hay costumbres europeas, usos europeos, opinión pública europea, derecho europeo, poder público europeo, fenómenos sociales, todos ellos que se dan proporcionalmente al grado de evolución en que se encuentran los miembros componentes de la sociedad europea, las naciones. Y la sociedad europea existe como tal con anterioridad a la existencia de las naciones europeas.

La historia de Europa, como veíamos en capítulos anteriores, es la historia de «la germinación, desarrollo y plenitud de las naciones occidentales», pero el hombre europeo ha vivido siempre, a la vez, en «dos espacios históricos», en dos sociedades. Una, menos tupida, pero más extensa, Europa, y otra, más espesa, aunque más reducida, el área territorial de una etnia o una nación. Lo de menos es el espacio histórico común, espacio físico llamado Europa, que es el medio donde tiene lugar la «comunicación doméstica»; lo verdaderamente importante es el radio de efectiva y prolongada convivencia, sin confundir, como hace el pensamiento jurídico «moderno», sociedad con asociación, porque la sociedad europea es preexistente a todo acuerdo de voluntades. Y es que para estos pueblos europeos, vivir ha sido siempre actuar en «un espacio y ámbito común: vivir era convivir con los demás», y ello se plasmaba tanto en una convivencia pacífica como combativa, teniendo en cuenta que las guerras intereuropeas mostraban el estilo de «rencillas domésticas» que, como es bien sabido, evitaban la aniquilación del enemigo.

En definitiva, además de las sociedades nacionales —Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, España— existe otra sociedad en la que ésta se sumergen: la Sociedad europea; pero es un error pensar que ésta consista en la convivencia de las naciones, error de la sociología representada por la Sociedad de Naciones o la ONU, ya que sólo las personas conviven. La convivencia europea es anterior a las naciones precisamente porque la sociedad europea consiste en la convivencia de los individuos en el Viejo Continente. Ortega afirma que «si extirpamos a cualquiera de esas naciones los ingredientes específicamente europeos que los integran, les habremos quitado las dos terceras partes de sus visceras».

Cada nación europea levanta su peculiar estilo sobre «un nivel básico de convivencia » que es la realidad europea. Si se intentase, según Ortega, una verdadera historia de Europa como conjunto, resultaría patente que ésta no ha consistido sólo en la lucha de unos pueblos contra otros, sino que también ha existido una tensión entre una o varias o todas las naciones europeas y Europa en cuanto «unidad diferenciada y envolvente». Así, unas veces es la pluralidad de naciones quien predomina sobre su unidad; otras, es dicha unidad europea quien somete a cierta homogeneidad las figuras divergentes de aquéllas. Este destino, que iba formando el genio peculiar al mismo tiempo que surgía un repertorio común de ideas, las hacía, paradójicamente, homogéneas y diversas de manera progresiva. Entre los pueblos europeos, la homogeneidad no es ajena a la diversidad. Al contrario —para Ortega—, «cada nuevo principio uniforme fertiliza la diversificación », y el despertar de una conciencia diferencial rechazaba las constituciones idénticas y las empujaba hacia su vocación particular. Pensar que Europa es una figura utópica de realización futura es un equívoco, porque Europa existe como sociedad. Lo que sí será preciso es dar a esa realidad una nueva forma.

V. ¿Hay una conciencia cultural europea?

Ortega y Gasset no confunde el problema de la unidad de Europa con el de la conciencia de la cultura europea, pues ambas sólo tienen una dimensión común. Siempre ha existido una conciencia cultural europea y, sin embargo, no ha existido nunca una unidad europea: «Europa como cultura no es lo mismo que Europa como Estado.» Además, para que no pudiésemos hablar de una cultura europea sería preciso que hubiese otra cultura completa, propia de algún pueblo europeo integrante, y de ello no hay el menor indicio. Nada más representativo y esclarecedor de esta cultura unitaria como el brote, durante el siglo XVII, de las literaturas nacionales, conscientes de ser específicamente nacionales, porque «esta dispersión relativa de la cultura superior europea» surgió, precisamente como «efecto de un movimiento formalmente unitario y común europeo».

(La tesis orteguiana puede resumirse en tres apartados. A saber: primero, la convivencia de los pueblos europeos; segundo, la convivencia engendra de inmediato una sociedad o sistema de usos, y tercero, esos usos generalmente

europeos indican la presencia de una opinión pública europea, la cual crea, indefectiblemente, un poder público con carácter impositivo, de tal forma que todos sus elementos se implican obedeciendo a una extraña transitividad, cuya razón de ser radica precisamente en la existencia de una cultura europea.)

El sentido del nationalisme rentré, antes citado, que arrastra a los pueblos europeos a combartirse entre sí, y les empuja, al mismo tiempo, a admirarse en paradójica hermandad conflictiva, bastaría —según Ortega— «para deprimir transitoriamente la conciencia común de una cultura europea», pero tal fenómeno es aparentemente extraño y su origen es enérgico, porque los pueblos europeos viven en un estado exaltado de vital particularismo. Esto explicaría, en cierta medida, la ausencia de un gran poder de atracción respecto a la cultura común europea, que incitase a las naciones a salir de sí mismas. Antes al contrario, las naciones europeas, derrotadas, fatigadas, descansan en sus peculiares tradiciones.

Perdida su vitalidad, buscan la comodidad en lo habitual. Y ello hace que las naciones europeas se sientan «distintas y distantes». Ortega reconoce aquí que todo esto es una «impresión», y, como tal, no se puede demostrar, pero ruega, antes de rechazarla, una meditación profunda a sus contemporáneos. Ahora bien, la aguda crisis por la que atraviesa la cultura europea debe actuar como electrizante revulsivo sobre nuestros pueblos. Si éstos perciben su inseguridad, su problemática situación, «no cabe prueba más rigurosa y enérgica de que existe una conciencia cultural europea». Y es que su fuerza reside en su disposición «a ir más allá de sí misma», eternamente en camino, huyendo de toda cristalización. Ortega no quiere caer en el error de definir la cultura europea por determinados contenidos y sentencia: «La cultura europea es creación perpetua. No es una posada, sino un camino que obliga siempre a marchar».

VI. La capacidad de mando civilizadora: el "imperium espiritual" de Europa

Durante un largo período de tres siglos, los pueblos europeos como grupo homogéneo habían ejercido un estilo de vida unitario sobre la mayor parte del mundo, conocido como «la época de la hegemonía europea». Pero después de la Primera Guerra Mundial (Ortega escribe su reflexión en *La rebelión de las masas* en la década de los veinte) se empieza a sentir que «Europa ya no manda en el mundo», lo cual implica un «desplazamiento de poder» que, para Ortega, es incierto y sumamente improbable. El relevo es difícil. ¿Quién llenará con legítima autoridad ese horror vacui dejado por Europa en el mando espiritual del mundo?

Un inciso. Por «mando» no entiende Ortega el ejercicio del poder material, el de la coacción física cuya única legitimidad reside en la fuerza, sino «el ejercicio normal de la autoridad fundamentado y nutrido en la existencia de una opinión pública, concebida ésta como «ley de gravitación histórica», lo cual, por otro lado, implica también que «se puede mandar contra la opinión pública». Todo ello le lleva

a Ortega a afirmar que «'mando' significa prepotencia de una opinión », es decir, de un «espíritu». Encontramos aquí una de las teorías más jugosas del pensador español, la del «poder espiritual» de carácter científico, como una especie de imperium genérico y reforzado, que emana de un tronco en equilibrio sobre un mundo ramificado en desorden estático para darle forma, estilo, unidad y un destino. Porque sin el ejercicio de fado et de iure de ese poder espiritual, de esas superiores opiniones, la humanidad representaría «la nada histórica», el caos, al desaparecer de la vida los principios de jerarquía y organicidad.

Planteado definitivamente el problema de desplazamiento de poder como un cambio de gravitación histórica, éste supone a su vez un cambio de opiniones, del estado de opinión vigente en Europa. Pero —aclara Ortega— no es que «Europa haya dejado de mandar», sino que se pregunta, se autocuestiona dubitativamente su capacidad de mando civilizadora, lo cual podría hacernos pensar en el tema spengleriano de la decadencia de Europa, que Ortega rechaza por convicción y por creer que tal preocupación se había propagado sospechosamente como una realidad inconclusa. Ya que cuando se intenta definir la decadencia europea sólo se hace referencia a las dificultades económicas por las que atraviesan las naciones europeas, pero dicha situación no afecta para nada «al poder de creación de riqueza» del Viejo Continente, que se ha visto sumergido en crisis bastante más graves, resurgiendo al final, reforzado y revitalizado.

La situación mundial es caótica. Los mandamientos europeos, sin ser los mejores posiblemente, aunque sí definitivos, mientras no existan otros, han perdido su vigencia, pero nadie es capaz de sustituirlos por un nuevo «programa de vida» que module la organización del mundo. Ortega cede en su orgullo de europeo cuando escribe: «Nada importaría el cese del mando europeo si existiera otro grupo de pueblos capaz de sustituirlo en el poder y dirección del planeta.» Incluso acepta, en principio, que nadie mande, pero ello traería consigo la desaparición de las virtudes y dotes del hombre europeo. En definitiva, no se sabe quién va a mandar, cómo se va a articular el poder sobre la tierra, «qué grupo étnico, qué ideología, qué sistema de normas, de resortes vitales...». Nuevas incógnitas se abren hacia el futuro.

Porque ni los Estados Unidos de América ni la gran confederación de Rusia constituyen entidades novedosas respecto a Europa. Son colonias culturales o «parcelas del mandamiento europeo» que responden al «fenómeno de camuflaje histórico» propio de los «pueblos nuevos»: América es «un pueblo primitivo camuflado por los últimos inventos» (18); Rusia, un pueblo «en fermento» camuflado por un neomarxismo contradictorio y ficticio. Y es que los pueblos jóvenes no tienen ideas: al disociarse de la vieja cultura que los vio nacer, pierden su sentido.

Por un lado, América, el «paraíso de las masas», parece haber contagiado a Europa la subida de nivel de la existencia integral del hombre mediocre: «Europa se

está americanizado», por tanto. Ortega piensa, sin embargo, que la influencia americana se inicia en el momento de escribir sus páginas sobre la rebelión de las masas, es decir, en la década de los «felices años veinte», porque el triunfo de las masas en Europa ha derivado de «dos siglos de educación progresista de las muchedumbres», por cuestiones internas. Y al coincidir el status moral del hombre medio europeo con la del americano, se produce un acercamiento homogeneizador, una «nivelación», no influjo ni siquiera reflujo, extraño a la vitalidad europea. América es la «concepción practicista y técnica de la vida», pero la técnica es un invento europeo. América es joven y fuerte, pero su crecimiento se ha hecho con el reboso excedente de Europa. América no posee la capacidad de mando porque no tiene historia ni sufrimientos colectivos.

Por otro lado, Rusia, pueblo «juvenil», se compone de un estrato étnico sustancial y temporalmente distinto al europeo, y lleva en sus entrañas la contradicción del marxismo triunfante en un pueblo rural. Sin embargo, Ortega clarifica la cuestión controvertida diciendo que «no hay tal contradicción porque no hay tal triunfo. Rusia es marxista aproximadamente como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio Romano». Rusia fingió ser marxista para cubrir su carencia de principios históricos, de mandamientos. El marxismo es un pretexto, no una razón. Y un pueblo joven, sin razones de vida auténtica, no puede optar al mando espiritual porque carece de «moral», y si la tiene, ésta es extravagante ("el comunismo es una moral extravagante"). Pero, a pesar de que el comunismo es «inasimilable» para los europeos, la única fórmula eficaz es enfrentarse al «plan de los cinco años», potente y vigoroso por lo que tiene de ruso, no por lo que tiene de comunista.

Pero si Ortega vislumbra la existencia de los dos anteriores «pueblos jóvenes », también examina el fenómeno de los «pueblo masa, resueltos a rebelarse contra los grandes pueblos creadores, minorías de estirpes humanas que han organizado la historia». Los pueblos anteriormente sometidos al régimen del colonialismo aspiran, una vez alcanzada la libertad y concluida su independencia (sic), a igualarse a sus antiguos amos, pero sin tratar de superar aquella vieja cultura europea, o de sustituirla por sus raíces autóctonas, sino destruyendo sus últimos vestigios, lanzándose en los brazos de los vigorosos pueblos jóvenes y reclamando para sí la nueva marcha de la historia. Aquella amplísima y potente sociedad europea que estaba constituida por un orden básico de ciertas «instancias» últimas, el «credo intelectual y moral de Europa», actuaba en el profundo seno de eso que se ha llamado Occidente, irradiando durante varias generaciones sobre el resto del planeta el orden de que era capaz. ¿Por qué ha desaparecido, pues, el sistema tradicional de «vigencias colectivas»? Porque la sociedad es convivencia bajo «instancias» y en la fecha presente faltan precisamente dichas instancias «en una proporción sin ejemplo en la historia europea». Esta es la verdadera enfermedad de Europa, no simple decadencia, enfermedad grave, pero no incurable. La realidad política es que una parte de Europa se esfuerza por hacer triunfar unos «nuevos

principios», mientras la otra intenta conservar los tradicionales, lo cual es prueba evidente de que todos esos valores han dejado de pertenecer a la categoría suprema de las «instancias » porque una «vigencia colectiva» no necesita ser impuesta o sostenida por determinados grupúsculos sociales, sino, al contrario, todo grupo concreto busca su fuerza y su vitalidad reivindicando esas vigencias. Por eso Europa se halla en estado de guerra —Ortega decía esto en 1937—, en un estado de guerra radical sin precedentes pretéritos, y su origen se encuentra no sólo en la guerra virtual entre los pueblos, sino en el enfrentamiento interior de cada pueblo europeo. Ahora se explica cómo la «cohesión interna de cada nación se nutría en buena parte de las vigencias colectivas europeas». Esta debilitación de la comunidad entre los pueblos europeos se traduce en un «distanciamiento moral» que entraña el peligroso factor, confrontación bélica por medio, de la pérdida del mando civilizador.

La situación mundial cae entonces en una «escandolosa provisionalidad» que Ortega califica de «interregno, de un vacío entre dos organizaciones del mando histórico: la que fue, la que va a ser». Si Europa, en el transcurso de este período de transición, se desmoraliza perdiendo toda su «energía histórica», sus virtudes y capacidades superiores, su hombre, el europeo, se acostumbrará a no mandar, y ello supondría una catástrofe multidimensional, no sólo limitada al *lebensraun* europeo. «Si el europeo se habitúa a no mandar en él, escribe Ortega, bastarán generación y media para que el Viejo Continente, y tras él el mundo todo, caiga en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y en la barbarie omnímoda. Sólo la ilusión del imperio y la disciplina de responsabilidad que ello inspira pueden mantener en tensión sus almas.» Sólo la construcción de una gran nación continental puede hacer vibrar de nuevo la «pulsación de Europa».

VII. Europa: equilibrio y pluralidad

Cuando hablábamos en otro capítulo de la existencia de una sociedad europea veíamos cómo Ortega perfilaba la idea del «destino de Europa», en base a la combinación de un «genio peculiar» y un «repertorio común de ideas» que modelaba las naciones europeas, haciéndolas, extrañamente, homogéneas y diversas, porque en el Viejo Continente la homogeneidad no es ajena a la diversidad, porque —como escribe Ortega— cada principio nuevo unitario fomentaba la diversidad. Y en otro apartado, Ortega identificaba el gobierno auténtico de Europa con una especie de «equilibrio dinámico», desentrañando el misterio de esta fórmula cuasi-mecánica: «El equilibrio o balanza de poderes es una realidad que consiste esencialmente en la existencia de una pluralidad.» La suprema condición de aquel equilibrio dinámico que envuelve el concepto unitario de Europa radica exclusivamente en la realidad plural de su contenido, a la que Ortega denomina «buena homogeneidad». Libertad y pluralismo son, para el pensador español, los elementos constitutivos y recíprocos de la especificidad europea. Pero Ortega se abstiene de caer en un vulgar e infructuoso simplismo, porque la

pluralidad europea vista desde su exclusiva perspectiva solitaria no es esperanzadora: el punto de partida es, por supuesto, la existencia de una sociedad europea anterior a las naciones y alimentada constantemente por esa riqueza plural.

El mayor peligro, que atenta mortalmente contra esa pluralidad es el triste florecimiento, en todo el Continente, del «hombre-masa», ese hombre primitivo, insatisfecho, nivelador, que no puede entender cómo la existencia de una pluralidad puede dar lugar a una bien lograda unidad. El hombre-masa, el hombre-esclavo de las sociedades modernas, pugna no ya por su liberación, sino por la igualación a todos los niveles, en un intento desesperado por rebajar jerárquicamente a todos los que, por encima de él, se sitúan en una escala de valores, atrayéndolos a su estrato inferior, es decir, sirviendo inconscientemente de peón a la peor homogeneización latente, la de Europa, que siempre, en cada época, ha proclamado su «derecho a la diferencia». Ortega previene a sus posibles discípulos europeístas con una llamada a la conservación de la pluralidad frente al deseomasa de hacerla desaparecer. Mientras los antiguos Estados se encaminan a la aniquilación de lo diferencial, como erróneo fundamento de su fuerza coactiva, la idea de construcción de una super-Nación europea exige como condición permanente y activa una reivindicación a ultranza de todo lo plural. Sin la idea-pluralidad, la idea-Europa no es posible.

VIII. Una biología histórica de europa: la formación vertical de la Europa de los tres elementos

Ortega y Gasset, observador implacable y orgánico, no se limita a un análisis de Europa puramente filosófico y ensayístico. Su carácter de estudioso interdisciplinar se plasma también en diversas disertaciones biohistóricas sobre la formación del alma europea desde una perspectiva étnico-elemental. Preocupado por la pérdida de vitalidad de su país, España, interpreta su «invertebración» comparativamente, retrocediendo a la caída del Imperio romano. En ese momento, España es un organismo social, un «animal histórico» que pertenece a una «especie» determinada, a un tipo de sociedades o naciones germinadas en el centro y occidente de Europa. Esto quiere decir que España posee «una estructura específica» idéntica a la de Francia, Inglaterra o Italia.

Así, las cuatro naciones representativas antes citadas se forman por la conjunción de tres elementos que son comunes, pero no iguales cualitativamente. Estos elementos son: la raza o grupo racial relativamente autóctono, el sedimento civilizatorio romano y la inmigración germánica. A simple vista, podría parecer que la diferencia sustancial entre los grandes pueblos-Nación de Europa se encuentra en la base autóctona, porque el elemento romano es un factor neutro o idéntico en la constitución étnica de éstos. De esta forma, Francia se diferenciaría de España en la misma medida que los galos se diferenciaban de los iberos. Pero ello, para Ortega es un error de interpretación. Sin negar la especificidad diferencial entre las razas

primitivas, origen del desarrollo de esos pueblos, Ortega no reconoce, sin embargo, que su importancia sea la decisiva. La razón es simple. Las inmigraciones germánicas tienen un carácter superposicional respecto a las poblaciones indígenas, es decir, que «los germanos conquistadores no se funden con los autóctonos vencidos en un mismo plano, horizontalmente, sino verticalmente». Los tres elementos se afectan mutuamente en un sinfín de flujos y reflujos civilizadores, pero es el último elemento, el germano, el que impone su estilo social de vida a los demás: constituyen «el poder plasmante y organizador »; son la «forma» y los autóctonos la «materia»; constituyen, pues, el elemento decisivo.

La construcción de una biología histórica de Europa se fundamenta en ese «carácter vertical de las estructuras nacionales europeas», cuyo proceso de formación mantiene constante y progresivamente una articulación étnico-social en dos estratos o niveles superpuestos. Así, por ejemplo, la diferencia entre Francia y España reside para Ortega en la calidad específica de francos y visigodos, ya que en una «escala de vitalidad histórica», aquéllos se situarían en la cúspide, mientras que éstos quedarían rezagados en la base, entendiendo por vitalidad «el poder de creación orgánica en que la vida consiste».

Sin embargo, aunque Ortega parece despreciar la vitalidad visigótica, no duda en afirmar categóricamente que España perdió su estructuración auténtica al ser destruido el reino visigodo por la invasión musulmana. Una prueba más de lo que se ha llamado el «irracionalismo germanizante» de Ortega, que luego desentrañaremos cuando hablemos de su idea de complementariedad entre lo latino y lo germánico.

El carácter decisivo del elemento germano le lleva a Ortega a enfrentarlo al elemento romano en un campo de batalla concreto: su teoría personalista de los derechos. Así, la idea romana, que es también la moderna, según la cual el hombre al nacer tiene, en principio, la plenitud de los derechos, se contrapone al espíritu germánico que no fue, como suele decirse, individualista, sino personalista. De esta forma, los derechos «superiores» son inherentes a la calidad personal, pero deben ser conquistados primero y constantemente defendidos después (por ejemplo, el concepto de «puridad» en los germanos o «arreglo de hombre a hombre» para evitar el procedimiento impersonal de los tribunales).

Es decir, el derecho sólo existe como atributo de la persona viva y se tienen más o menos según las potencias de esta «prejurídica personalidad». No es persona por el mero hecho de poseer derechos que el Estado concede, garantiza o limita. Esta concepción y acción personalista de los «señores germanos» fue la cimentación sobre la que fueron construyéndose las nacionalidades europeas. Pero si el elemento germánico fue decisivo, no lo era menos el latino en la formación de Europa. Uno y otro aportarían caracteres peculiares y complementarios al servicio de una Idea-Nación.

IX. La idea de complementariedad entre lo germánico y lo latino

Entonces, ¿qué es el «germanismo» orteguiano? ¿Influyó desproporcionadamente en su valoración de la realidad total europea? Su pendulación entre el germanismo y la latinidad hizo que Ortega se opusiera a la división de Menéndez Pelayo entre las «nieblas germánicas» y «la claridad latina». Por ello se ha dicho en algunas ocasiones que ésta era una «interpretación racista de la cultura y de la historia, como una arbitraria exaltación de lo alemán frente a lo latino». Pero Ortega rechaza la dualidad de «profundidad-superficie» (27), correspondientes, respectivamente, al binomio cultura germánica-cultura latina, dimensiones inseparables de una «cultura europea integral».

Por otra parte, para Ortega, la cultura latina de superficie (superficie como complemento esencial de la profundidad) sólo es reciclable para Grecia, pues Roma era sólo un «pueblo mediterráneo». De ahí que sea más preciso hablar de una distinción entre la cultura germánica y la cultura mediterránea, integrada esta última, en la Antigüedad, como un todo homogéneo entre el sur de Europa y el norte de África: «La unificación del mar funda la identidad de las costas-fronteras », y, por tanto, la escisión de dos riberas «es un error de perspectiva histórica ». Inspirado en algunas ideas que Spengler expone en La decadencia de Occidente, Ortega replica a sus contemporáneos historiadores, que, absorbidos por los enormes centros de atracción conceptual, no advirtieron que ni Europa ni África existían cuando la cultura mediterránea era una realidad.

Europa comienza a formarse como entidad diferenciada cuando los germanos entran plenamente en el «organismo unitario del mundo histórico». Y África nace entonces en un parto de contradicción, como la no-Europa. Así, el germanismo sería la asimilación del latinismo por los germanos a lo lago de la Edad Media. Y Europa sería el Mediterráneo más la germanización. Cuando se opone lo germánico a lo latino no se opone Alemania a Francia, sino «Europa a lo puro mediterráneo». En 1911 Ortega había escrito: «Aquellos germanos cayeron sobre los imperios mediterráneos, y haciendo que su sangre corriera por las venas grecolatinas, perviven en nosotros los españoles, franceses e italianos». La mala prensa calificó esta reflexión de racista. Pero Ortega no coincidía con el conde de Gobineau en su teoría sobre la desigualdad de las razas, o mejor, se oponía a concebir la historia como una mera «tragedia filosófica». Sin embargo, reconoce en otro sitio que esta teoría tiene «grandeza y hondura» porque la «explicación de nuestra decadencia exige motivos tan radicales por lo menos como los expuestos por Gobineau». El posicionamiento irracionalista-germanizante de Ortega está exento de cualquier beatería, de cualquier aceptación no crítica.

Hasta aquí el mal llamado germanismo de Ortega. A partir de aquí, su idea de complementariedad entre el elemento germánico y el latino. En 1910, al final de su larga estancia en Alemania, Ortega apuesta fuerte por el modo de ser del sur: Grecia, Italia, Francia y España sólo admiten entre sus palabras la belleza que incita

a la actividad armónica. Porque hay un «modo mediterráneo, una forma peculiar de cultura en el sur de Europa». Ahora bien, «la cultura europea es una: el griego y el escita, el francés y el prusiano trabajan ciertamente en una obra común». Puntualizando esa idea de complementariedad, Ortega traza una hipótesis fundamentada en los dos polos extremos del hombre europeo. Estos son: el pathos materialista o del sur y el pathos trascendente o del norte, como partes integrantes de un Todo, de la «patética continental» europea.

X. El caso de Alemania: heroísmo y tragedia

Ortega no se cansaba de repetir que era en Berlín precisamente donde se debía hablar de Europa. Por eso trató de forma especial el problema de la nación alemana en el interior de la sociedad europea. La idea de encajar la nacionalidad alemana en el bloque real histórico de Europa no se basa en presupuestos «impolítico-universalistas» o «cosmopolitistas», sino en el sentido realista, tanto político como histórico de una «colectividad política ultranacional», pues ninguna nación europea se ha desarrollado prescindiendo de «un fondo ultra o supranacional» como es la realidad total europea. Es decir, que existen comunidades supranacionales sobre las que construir políticamente e incluso fundar la vida de una nación.

Abogando por una revisión de la historia sobre la idea de nacionalidad en Alemania, Ortega presupone, contra la opinión general y extendida, que Alemania ha sido «el país más mesuradamente nacionalista que ha habido en Europa». Así, por ejemplo, el canciller de hierro Bismarck, a pesar de sus instintos expansionistas, mantuvo viva la conciencia europea, el sentido de responsabilidad histórica, de «deberes para con la ultra-Nación que era y es Europa». Por otra parte, Fichte, «el primero en sentir con pasión la nación alemana», tal y como lo califica Ortega y Gasset, piensa que lo característico del pueblo alemán es ser «el pueblo de la humanidad», o sea humanismo que sólo tiene a la vista la colectividad de pueblos europeos y que, por tanto, debe llamarse europeísmo. El verdadero realismo político del espíritu nacional en Alemania es contar, ni más ni menos, con la presencia de Europa. Los hechos históricos que han agravado el sufrimiento de los europeos, con angustias, dolores, derrumbamientos y penalidades, han oscurecido la lucidez intelectual respecto a la idea nacional alemana en el interior del espacio-sociedad-civilización que es Europa.

Pero tal vez sea el espíritu heroico-trágico del pueglo alemán lo que en mayor medida admira Ortega y Gasset. Una Alemania en ruinas, esquelética, se libera del efecto traumático que supone una terrible catástrofe mediante dos cualidades innatas: la «ilimitada capacidad de enérgica reacción residen en el pueblo alemán» (porque es el pueblo más joven de Europa) y la «aceptación tranquila, digna y elegante de la derrota», como algo normal en la historia. Y ello es beneficioso para Europa. Porque, paralelamente a la penuria económica y al

confusionismo político, Europa empieza a emerger de la catástrofe y, lo que es más importante, gracias a la catástrofe. «Toda civilización ha nacido o ha renacido como un movimiento natatorio de salvación», escribe Ortega. El que nuestra civilización se haya vuelto problemática, dolorosa, significa que, bajo las ruinas históricas de la catástrofe, de una forma de civilización está germinando y «una nueva figura humana existencial, se halla en trance de nacimiento».

XI. Europa «versus» internacionalismo

Cuando Ortega desmenuza la idea de Nación haciendo hincapié en las estructuras supra o ultranacionales, contrapone éstas a toda especie de internacionalidad, de acuerdo con un principio básico, según el cual «las naciones existen», contrariamente a lo que opina todo internacionalismo, al que Ortega objetiviza de «viejo y barato». Demostrada la realidad de la existencia de las naciones, el internacionalismo se obstina en desconocer y olvidar este detalle. Pero ello queda expresado formidablemente en la doctrina orgánica orteguiana: Europa como ultra-Nación se opone a Europa como inter-Nación. La idea europea es «de signo inverso a aquel abstruso internacionalismo». Fue precisamente la ideología internacionalista la que impidió ver con claridad que la unidad de Europa, unidad como «integración» de las naciones y no como «laminación», explosionaría al final de una época histórica en la que los nacionalismos se hubiesen ensayado de forma extrema. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido en el seno de una sociedad europea, desocializada y falta de una «fe común», de una fe europea. Pero tampoco es probable, por la misma razón, que Europa desaparezca o que sea relevada por otra entidad histórica inarticulada.

El proceso restablecedor que salvará a Europa tiene dos vectores que conforman un «equilibrio puramente mecánico y provisional», esto es, de transición o reposo, como son el liberalismo y el totalitarismo. «El totalitarismo salvará al liberalismo, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios». Esta etapa de interregno ideológico es, según Ortega, «imprescindible para que vuelva a brotar, en el fondo del bosque que tienen las almas, el hontanar de una nueva fe». El pensador español estructuró aquí una errónea profecía de provisionalidad respecto a la tensión liberalismo-totalitarismo, ya que la depuración a la que alude ha perpetuado un híbrido entre el neoliberalismo americano y el totalitarismo ex-soviético, los cuales, paradójicamente, conviven en perfecta armonía internacionalista.

XII. Una economía unitaria para Europa

El predominio entre las naciones europeas, de lo diferencial sobre lo unitario, había adquirido en la primera mitad del siglo xx aspectos totalmente novedosos al coincidir con «necesidades históricas» que obligan a los europeos «a dar a su básica unidad tradicional formas más precisas y expresas, a saber, formas

jurídicas de unidad». Ortega y Gasset reconoce que son dos los objetivos europeos que deben constituirse en figuras jurídicas. En primer lugar, la estructura de la economía actual hace necesaria la adopción de acuerdos formalmente constituidos que limiten la «soberanía» de cada nación, subordinándola a un poder supranacional.Y en segundo lugar, los peligros comunes frente al exterior obligan a la creación de una defensa unitaria europea, también con carácter formal.

Ya en La rebelión de las masas Ortega había anunciado que el desprestigiado régimen democrático-parlamentario no podía hacer frente a los nuevos problemas. Y uno de los más acuciantes era precisamente que la economía de cada pueblo empezaba a depender totalmente de un sinfín de condiciones que trascendían las fronteras nacionales. Por eso eran cada vez más numerosos los que postulaban la creación de instituciones supernacionales gigantescas para atender las demandas de la produción. A Ortega le parecía factible la idea de una economía europea. Pero no creía posible que esa «idea» se convirtiera de inmediato en una «vigencia» o «instancia» europea de carácter automático. De cualquier modo, su consecución debía ser obra de grupos particulares, y mientras tanto, los Estados nacionales, incapaces de dar soluciones a sus problemas económicos, se limitarían al intervencionismo violento e insalubre con «pseudo-soluciones de carácter efímero». De ahí que Ortega confíe en que «la idea de Europa y especialmente la de una economía europea unitariamente organizada, sea la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal». Es la única fórmula capaz de neutralizar aquella «desmoralización» de Europa, de acabar con la exigua mentalidad provinciana de los Estados nacionales. Porque la exoneración de los Estados en materia de responsabilidad económica traería consigo un «descenso de rango» en la consideración del Estado-Nación, ajustándose en su efectividad y prestigio y favoreciendo la apertura hacia una gran Europa.

Pero, ¿es posible unificar las economías nacionales europeas, reducirlas a un «común denominador»? Cada nación ha construido su sistema económico peculiar en base a su formación histórica, a sus recursos, a su situación geográfica, en función de la forma de sociedad característica de cada pueblo. La tarea es compleja, pero ineludible, porque «no hay solución de recambio». Los milagros económicos que han reconstruido las economías europeas después de la Segunda Guerra Mundial, aun dignas de alabanza y admiración, no son más que hechos anormales, fruto de esfuerzos heroicos, pero es preciso volverse hacia grandes soluciones modificando las estructuras económicas de la sociedad en sus mismas bases, en profundidad. La única solución consiste en que «la estructura básicamente nacional sea sustituida por una estructura básicamente europea», que, fundamentada en el triste hecho actual que hace de la producción el primer término de la vida colectiva, trueque las economías nacionales «a la defensiva» por una economía europea agresiva, al ataque.

El método seleccionado para la transformación es fundamental en este proceso. Todo intento de unificación por ramas de producción, que se lleve a cabo «desde arriba» está frustrado de antemano. A juicio de Ortega, es «desde abajo» desde donde se debe empezar el trabajo, es decir, desde las «empresas singulares», porque son ellas, desde el punto de vista práctico-productivo, las que poseen una imagen de la realidad más amplia y cercana al objetivo para orientar una economía europea. Esta reforma, que Ortega califica de «misión histórica», no puede ser preparada por los políticos, ni siquiera por los economistas, sino por los managers, los gerentes, los directores comerciales, en grandes reuniones, en principio locales, después nacionales y al final comunitarias. Su objetivo sería aclarar la posibilidad de que las industrias nacidas bajo la vigencia de la idea de Nación puedan sobrevivir en una macro-organización económica que trascienda los límites nacionales.

Sin embargo, los agentes activos de todo proceso económico se resisten a pensar desde una perspectiva supranacional. Y es que la idea de Nación como idea-caparazón ha cobrado un vigor increíble en los pueblos europeos. En el siglo xix y principios del xx el nacionalismo económico era expansivo y dominante; a raíz de la última gran guerra intereuropea, ese nacionalismo, a pesar del enorme intercambio mundial, se ha convertido en proteccionismo defensivo, cerrado hacia el interior de las fronteras. En esta dinámica, cuando las necesidades obligan a la adopción de acuerdos supranacionales y aun internacionales, los pueblos de Europa han abandonado sus aspiraciones y ambiciones y corren el peligro de habituarse a las soluciones fáciles, a modo de parches circunstanciales y momentáneos, sin vocación de continuidad. Pero posiblemente el hecho que más grave presión ejerce sobre las economías europeas es la terrible amenaza de una guerra nuclear. En este sentido, la restauración económica de Europa en un marco unitario y orgánico es una ficción. No se trata, pues, de dar publicidad sobre la imposibilidad de tal conflicto pero Europa ha de saber resolver ese problema para que nunca más le sirva de excusa obstaculizadora a su unificación. «Europa ha sido siempre pródiga en invenciones.» No hay nada más negativo para la unificación de la economía europea como la perpetuación indefinida de los grandes problemas fundamentales, tanto económicos como políticos, que gravitan actualmente sobre nuestros pueblos europeos.

XIII. Europa es igual a ciencia más técnica

La definición orteguiana de Europa deviene, en contraposición a su análisis sobre la invertebración o falta de estructuración de España, a través de una fórmula, que a pesar de su sencillez gramatical y aritmética, oculta, sin embargo, una reflexión compleja sobre la ciencia y la técnica europeas. Porque si, para Ortega, «Europa es ciencia», «España es inconsciencia. Europa, pues, no es simplemente «la industria, el comercio, el confort, la comodidad, etc.». Europa es la inventora de la técnica científica, de la conjunción experimentación científica-industrialismo, frente a América que no la «inventa», sino que la «implanta» en aras

de una concepción tecnopráctica de la vida. Sólo la técnica europea tiene un origen científico, y esa especificidad la distingue de todas las demás técnicas planetarias: si aquélla se encuentra en constante movimiento evolutivo e ilimitado, el resto se desarrolla en retroceso.

La ciencia y la técnica van de la mano, unidas de la cultura europea. Ortega rechaza la idea de Spengler según la cual «la técnica puede seguir viviendo cuando ha muerto el interés por los principios de la cultura». La técnica no puede vivir sin su base científica, y ésta no brota espontáneamente sino en el interior de una cultura vital y entusiasta. Es erróneo, pues, considerar el «tecnicismo» como parte integrante de la «cultura moderna», prescindiendo al mismo tiempo de toda clase de cultura científica.

Una de las leyes que Ortega y Gasset destaca de la historia es el hecho de que «los movimientos técnicos» del hombre europeo han aumentado cuantitativa y cualitativamente, es decir, que la actividad u ocupación técnica del europeo se ha desarrollado en permanente progreso. De ahí que la técnica sea uno de los rasgos constitutivos y esenciales del hombre europeo. La tesis orteguiana queda de esta forma planteada: el hombre europeo es un ser técnico. Y como el europeo es un ser técnico, pretende crearse un «mundo nuevo». La técnica es creación, pero no una creatio ex nihilo, sino una creatio ex aliquo. A través de ella, el europeo alude a un mundo originario, que tradicionalmente llamamos «naturaleza», en el que se siente incómodo e inadaptado. Partiendo de la «naturaleza» no como realidad genuina, sino como idea interpretativa del mundo, Ortega descubre que el hombre europeo se mueve en las entrañas de esa «idea», pero sin pertenecer a ella, sino, al contrario, situándose frente a ella, mediante un «extrañamiento», mediante la destrucción de la regulación natural del «ser». Porque el hombre no tiene naturaleza desde la perspectiva de invariabilidad de sus leyes: en lugar de naturaleza tiene historia, tiene cultura, y específicamente, en Europa, el hombre rompe esa invariabilidad, que es contraria a su sustancia, sirviéndose de los movimientos tecnocientíficos. Así, Europa es igual a ciencia más técnica, no por casualidad, sino porque el europeo, al no poseer «un ser dado y perpetuo» por naturaleza, no tiene más remedio que buscarlo eternamente.

Para Ortega, el hombre no se conforma simplemente con estar en la naturaleza, sino que desea el «bienestar», el «estar bien», término este último que introduce una nueva dimensión sobrenatural en la naturaleza. «Si nuestra existencia no fuese ya desde un principio la forzosidad de construir con el material de la naturaleza la pretensión extranatural que es el hombre, ninguna de esas técnicas existiría. El hecho absoluto, el puro fenómeno del universo que es la técnica, sólo puede darse en esa extraña, patética, dramática combinación metafísica de que dos entes heterogéneos —el hombre y el mundo— se vean obligados a unificarse, de modo que uno de ellos, el hombre, logre insertar su ser extramundano en el otro, que es precisamente el mundo».

Ortega puso de relieve el carácter esencial de la técnica para la vida humana: «el hombre empieza cuando empieza la técnica»; pero al mismo tiempo señala su profundo sentido histórico, su condicionamiento por los supremos ideales vitales del hombre. Tal concepción de la técnica tiene que considerar como deficiente la actitud griega que configura al hombre como parte de la naturaleza, cuya felicidad sólo podía consistir en encontrarse perfectamente encajado en ella, o la actitud oriental, extremadamente representada por la creencia en el nirvana budista, que sobrepone la felicidad en la progresiva anulación del ser personal.

La técnica europea acabará convirtiéndose en una especie de sobrenaturaleza humana que pueda adoptar cualquier tipo de sociedad humana. Ciertamente que la técnica europea moderna no es un producto natural, sino, muy al contrario, un producto rigurosamente histórico, resultado de un lento y complejo proceso de constitución.

En fin, la idea europea orteguiana, algo devaluada por el transcurso del tiempo y de los acontecimientos, nos habla con sinceridad de la preexistencia de un ente cultural histórico, de una rica pluralidad de formas de vida, condenadas al entendimiento futuro y a la reafirmación de su específica diferencia dentro del contexto geopolítico mundial. Una lección minuciosa que los discípulos de Ortega y Gasset estamos obligados a desarrollar y actualizar, sin más cortapisas que las inherentes a todo compromiso intelectual.

XIV. A modo de conclusión: Europa como identidad nacional

Para interpretar el pensamiento político de Ortega en torno a la idea de «Estado» debemos dilucidar una aparente contradicción terminológica, puesto que el ensayista español utiliza dicho concepto en dos sentidos distintos. El primero de ellos, en sentido peyorativo, apunta a la dirección «estatalista», según la cual el Estado aparece como un engendro artificial, controlador y dominador, que se alimenta del cuerpo orgánico nacional. En el segundo sentido, el Estado originario y primigenio funciona precisamente con y para el grupo nacional, que lo ha creado a su imagen y semejanza, constituyendo, en sentido estricto, el llamado Estado nacional.

La concepción orteguiana del Estado se encuadra dentro de la más compleja de «Nación». Para ello Ortega parte de la idea de Renán según la cual la nación supone la existencia de un pasado, un presente y un futuro comunes: «La existencia de una nación es un plesbicito cotidiano». Ortega no renuncia al carácter plebiscitario de la realidad histórica nacional, pero rechaza las glorias pasadas y la voluntad presente como datos del concepto nación para subrayar que la idea fundamental es la existencia constatable de un proyectoTáctico, un futuro de acción que se traduce en el deseo colectivo de «hacer» un futuro común. De esta forma, el Estado nacional se habría creado con total indiferencia hacia los conceptos de comunidad étnica y/o lingüística, hasta tal punto, que Ortega llega a afirmar que

«toda unidad lingüística que abarca un territorio de alguna extensión es casi seguramente precipitado de alguna unificación política precedente». Tampoco el condicionamiento geográfico tiene significado para la existencia del Estado nacional, ya que las fronteras nacionales se encuentran en función de la capacidad de expansión técnica y cultural, pero esos mismos límites suponían un equilibrio entre la tensión de las fuerzas de presión-expansión que contribuían a la integración del Estado nacional.

Así Ortega fundamenta el Estado en un auténtico «proyecto de acción», programa de futuro en común que es aceptado totalmente por la colectividad que se mantiene en lo que el pensador denomina «identidad hipostática» con el poder. Y será en función de la relación existente entre el poder público y las colectividades lo que determinará el tipo de Estado y la concepción política que le sirve de sustento.

La interpretación orteguiana de la evolución histórica de la idea del Estado nacional tiene tres fases progresivas: 1ª. La comunidad étnico-lingüística o agrupación de distintos conjuntos geográfica, étnica y lingüísticamente próximos o emparentados. 2ª. El nacionalismo o sentimiento hostil hacia los grupos extraños y tendencia homogeneizadora de los grupos propios en un plano de igualdad o aniquilador de las diferencias. 3ª. El Estado nacional, según el pensamiento expuesto hasta el momento. Sin embargo, este proceso evolutivo no ha quedado paralizado. Los Estados nacionales han alcanzado su máximo grado de evolución a la vez que emerge la idea de que, a partir de una semejanza de los intereses y de las aspiraciones, se pudiera formar una unidad política superior. Esto es, el proyecto Europa, que integraría a los distintos Estados nacionales en una unidad superior.

Ortega encuentra en la idea de Europa la respuesta al problema de España. El objetivo español debe ser la integración en la cultura europea, la conquista de un mínimo cultural que nos sitúe al «nivel histórico» o a la «altura de los tiempos» de la evolución cultural y nacional de Europa. Pero frente a la idea europeísta que proclamaba la unión o la fusión del pueblo español con Europa y a la tendencia casticista que defendía la conservación de nuestra individualidad social, Ortega prefería insistir en la adopción del «método cultural y científico de Europa para incorporarlo a nuestro nivel», pero sin renunciar a la peculiaridad y diferencial destino histórico.

El carácter distintivo de Europa, es decir, la identidad en que se refleja el sentimiento europeo es, precisamente, su esencial impulso por una empresa unificadora de la diversidad nacional. El concepto clásico de nación se ha quedado estrecho, asfixiante y debe ser sustituido por un equilibrio político fundamentado en la identidad cultural que aglutina la pluralidad nacional. Este es el verdadero sentido del proceso histórico dirigido a la culminación de la Nación europea.

[Publicado en Revista de Estudios Políticos núm. 83, Enero-Marzo 1994, Jesús J. Sebastián Lorente como nombre de autor]

Europa hora cero: meditación europea de Ortega

José Luis Villacañas Berlanga

En la hora difícil de la Europa de post-guerra, en la hora cero, las mejores inteligencias europeas pensaron cómo se podían evitar los fenómenos de violencia que obstinadamente perseguían a los Estados-nación.

Como ellos, Ortega ofreció también su diagnóstico sobre las realidades del presente. A ello dedico mi primer punto. Luego pasaré a explicar cómo pensaba Ortega que se habían formado las naciones y por qué se podía esperar una nación europea. Este es mi segundo punto. Para ofrecer a Europa la forma nación, Ortega tuvo necesidad de defender el prestigio de este concepto frente al nacionalismo. Los males de Europa no venían de la nación, sino de una degeneración de ella, marcada por el nacionalismo, que llevaba con necesidad a la época de la rebelión de las masas. Es lo que hizo en una polémica con Toynbee, que expongo en el punto cuarto.

1.- Diagnósticos y realidades. Cuando en 1971 Harold C. Raley publicaba en versión original su *José Ortega y Gasset, the philosopher of European Unity*, todavía podía hablar, casi en los mismos términos de Ortega, de la "actual disociación de Europa". En cierto modo, la palabra más firme de ese libro, y también la más firme de Ortega, consistía en insistir de forma machacona en que había llegado el momento de "inventar en todos los órdenes". Situado en el umbral entre dos épocas, el final de la moderna, y el inicio de la nueva, Ortega se proponía invitarnos a un brindis. La civilización occidental había muerto y la nueva debía vivir. Ortega, sin embargo, acababa ese brindis con un detalle siniestro, pero revelador, que hubiera hecho las delicias del antiguo secretario de defensa Donald Rumsfeld: "Que la antigua civilización se suceda a sí misma". Hay entre estas dos ofertas, innovar y sucederse a sí mismo, una tensión que casi genera un destino. Por una parte se reclama la necesidad de inventar. Por otra el filósofo se ata a lo viejo, no se sabe

bien por qué inclinación, y reclama que la civilización occidental antigua se suceda a sí misma. ¿Qué tipo de invento sería ese?

Esta sencilla pregunta denuncia con precisión la forma del pensamiento de Ortega, que a veces da la impresión de que no ha pensado bastante. Como es natural, este tipo de defectos no puede ser mejorado por sus críticos, que igualmente firmes en el instinto de repetición, logran con creces que Ortega se suceda a sí mismo en sus comentarios. Mas en realidad, cuando uno no ha pensado bastante es que no tiene bastante que pensar. Presiento que tenemos aquí algo más que una inconsecuencia. Se nos revela con ello que el pensamiento tiene poca capacidad de pensar lo nuevo. En realidad, cuando reparamos en este hecho, nos damos cuenta de que estamos ante un defecto estructural de este oficio. Desgraciadamente, pensar consiste en intentar reducir lo nuevo a lo viejo, lo desconocido a lo familiar, lo futuro a lo pasado. No es una especial torpeza de Ortega. Es el reflejo de la repetición como estructura misma del pensamiento, finalmente una forma más o menos disciplinada de mimesis.

Post festum, entonces, se piensa mejor. ¿A qué negarlo? Por eso he puesto cuidado en precisar la fecha en que se escribe el libro dedicado al tópico, allá por los años 1971, cuando empezaba a formarse el Mercado Común. Fuese cual fuese la realidad de Europa en aquel lejano año, para Harold C. Raley era básicamente la misma que había conocido Ortega, allá por el tiempo de su muerte, hacia 1955, hace ahora medio siglo. Europa en su hora cero. Su aproximación al tópico no tenía que contrastarse con la realidad y podía, por tanto, basarse sobre un mero análisis de los textos. Esta operación intelectual ya no nos está permitida. Europa no sólo dispone de una realidad, sino que tiene una historia lo suficientemente amplia como para ofrecer interpretaciones diferentes. En todo caso, los argumentos de Ortega ya pueden pasar por pensamientos puros, diagnósticos de tanteo, propios de una época crepuscular que busca a tientas una salida. Son otras tantas previsiones propias de quien se siente un náufrago y que todavía se da de bruces con las duras realidades inventadas.

¿Tiene algún interés este ejercicio? Quizá sí. El último Ortega tiene una ventaja como pensador. Él siempre habla desde *La rebelión de las masas*. Ese libro era su orgullo más perenne. En su opinión, al escribirlo había cumplido de forma ejemplar con el papel del intelectual: iluminar "lo que va pasando". Cuando se expresaba con toda la altisonancia de que era capaz, Ortega llegaba a sugerir que en ese libro había sido profético y que los males de la época procedían de que el enemigo del profeta, el político, no había querido escuchar. Brotó aquel libro, hay que recordarlo, de las crisis de las democracias europeas de entreguerras. Fue una cierta incongruencia que Ortega, que había visto la debilidad de las democracias de masas, apostara por la II República española sin las reservas que eran obligadas desde su planteamiento.

El caso es que aquel escrito, como los prólogos y los epílogos que se le fueron añadiendo, surge de la sospecha acerca del proceso histórico por el que una pequeña burguesía amplia y dominante exigía cada vez más energías y recursos sociales a través de un Estado gigantesco, intervencionista, totalizador. Para él, como para otros muchos pensadores liberales, lo que había ocurrido en Alemania con Hitler y lo que estaba ocurriendo en la Rusia de Stalin, eran uno y el mismo fenómeno. En ambos sitios, las masas reclamaban protección para sus exigencias de confort y felicidad. No era un azar que Ortega citara en este contexto de *La Rebelión de las masas* a Walter Rathenau. Nazismo y Stalinismo eran dos manifestaciones de la "invasión vertical de los bárbaros." La Segunda guerra mundial, en este sentido, no era sino el resultado inevitable de canalizar las aspiraciones de las masas a través de la forma antigua de la Nación. Tras la guerra, Ortega era de los que mantenía muy nítido el paisaje mental de la crisis de principios de siglo XX. En este sentido, vemos en él, intacta, la conciencia de la necesidad de dar un paso más allá y superar la dinámica de la idea de nación.

Cuando todo nos lleva a pensar que Europa va a hacer un alto en el camino, quizá revisar el pensamiento de los que, cercanas las catástrofes europeas, vieron necesaria la unidad europea, sea una necesidad. Pero más aún, quizás debamos refrescar ese momento en que Europa era un objeto imaginario a inventar, en el que el pensamiento, a pesar de todas sus auto-imitaciones, se podía expresar con la libertad de quien contempla el futuro. Desde este punto de vista, Ortega nos ofrece puntos de vista aparentemente duales. Aunque no creo que sean contradictorios, sí parecen, sin embargo, albergar tensiones que, a la luz de los hechos actuales, no sé si llamar productivas o paralizadoras.

2.- Lo viejo y lo nuevo en Ortega. Repetición e invención: esa era la dualidad básica de la que Ortega no iba a salir. En efecto, cuando ofreció una salida hacia Europa, no hizo sino repetir el viejo esquema de la nación, que ahora debía aplicarse a esta realidad unitaria. Esta oferta implicaba considerar que la forma nación había sido exitosa en el pasado, pero sugería que Europa podía ser una super-nación. El elemento mediador entre estas dos tesis venía a decir lo siguiente: la nación es una forma social que requiere una materia social previa. Esa materia es la nacionalidad. Bajo ciertas condiciones, dirigida por una elite apropiada, movilizada hacia una meta adecuada, la nacionalidad adopta una forma dinámica, activa, teleológica, que lleva a la nación propiamente dicha. La viabilidad de las tesis de Ortega reposa entonces en una idea: Europa ofrece suficiente materialidad para llegar a tener la forma nación.

Esto es así porque Europa no anclaba sólo en el futuro, sino en el pasado. No sólo era un proyecto, sino un principio histórico explicativo. Las nacionalidades materiales que elaboran las elites políticas de las naciones modernas (idioma, derecho, religión, cultura) no son sino una refracción de realidades unitarias europeas. Las diversas nacionalidades europeas no son sino refracciones de una

nacionalidad común. Las naciones particulares y sus elites insistieron en esas refracciones de la realidad unitaria. Europa podía llegar a ser una super-nación si una elite apropiada insistía no en las refracciones materiales particulares de las nacionalidades, sino en el propio fondo unitario material de Europa.

Esta tesis, que nos recuerda en parte al Fichte de *Estado Comercial Cerrado*, y que ya se había expuesto con nitidez en el *Prólogo para Franceses*, fue la que expuso Ortega en Berlín en 1949, cuando, según confesó, llegó a Alemania con la voluntad de aprender. Europa, decía su tesis básica, siempre había sido una sociedad con elementos materiales homogéneos, usos, costumbres, opinión pública, derecho y poder. Sin embargo, cada "nuevo principio uniforme fertilizaba la diversificación". Así que Europa se fue organizando según una ley en la que dos realidades sociales tenían el mismo peso resultante: una más densa pero menos extensa, y otro menos compacta pero más extendida. Esta ley podía expresarse como un péndulo.10 Los usos sociales podían ir desde un extremo europeo a un extremo nacional, pero en el fondo trazaban la misma trayectoria. De esta ley y de su expresión se derivaba dos tesis decisivas: primero, la nación era un *pluriversum*. "Una nación no puede ser nunca una sola", dice Ortega. Segunda: sólo en Europa la forma nación tiene sentido.

Los ejemplos que ha puesto Ortega de este movimiento histórico son oportunos y convincentes. El primero: El humanismo es un movimiento europeo, pero organiza las elites culturales de cada país con sus particularidades. Otro: El derecho romano también es originariamente el mismo en toda Europa, derecho canónico y derecho de las escuelas, pero es muy diferente en su evolución inglesa, italiana o alemana. El latín es aquella lengua de la que proceden en mayor o menor medida las lenguas europeas, pero en cada uno se refracta en una literatura diferente. Lo mismo se podría decir con el arte gótico, con el canto firme y con el cristianismo.

Sin embargo la ley del péndulo, en su camino hacia la particularidad y la intensidad cultural, conformó diferentes nacionalidades. Su paso a naciones y la evolución histórica de las mismas nos interesa porque Ortega tiende a considerarlo normativo. Siguiendo este espíritu, la sociedad nacional ha tenido, a decir de Ortega, tres momentos: el fundador, el revolucionario y el de las masas. El más decisivo es el fundador y a él le dedica Ortega una oportuna atención. De hecho, no estoy seguro de que sea adecuada la metáfora de la fundación, más adecuada a la polis. La tesis es que la nación es una realidad previa a toda constitución consciente de un nosotros. Desde la tipología antigua, la nación es una comunidad y se aproxima a las realidades naturales. "No la hacemos, ella nos hace, nos constituye, nos da nuestra radical sustancia", confiesa Ortega.

[La procedencia de la tesis es, como siempre que se organizan estadios en tríadas, de Augusto Comte. La estructura de la misma se podía describir como una ingente confusión entre esferas de acción y poderes. Mientras que la fundación se

debió a una apropiada organización de elites, allá en el siglo XVII, la época de la revolución fue el intento de los filósofos de mandar, mientras la época de las masas fue el intento de los políticos de filosofar mediante las ideologías. Ortega nunca fue consciente de hasta qué punto la tesis de Comte era neocatólica. En efecto, procedía del gran mentor de Comte, Joseph de Maistre y se organizaba sobre la doble sociedad perfecta del poder espiritual y el poder temporal que había caracterizado el mundo clásico del catolicismo.]

Sin embargo, por mucho que la nación no tenga fundación respecto a los individuos, sí tiene lo que Ortega llama un "proceso formativo". Antes existe una nacionaliad o *paranación*. Luego existe la nación plena. Aquella es una unidad de lengua, de religión, de etnos, de usos, una fuerza que los seres humanos tienen a su espalda. Para que este elemento de la tradición y del pasado que es la nacionalidad pase a ser nación se requiere una empresa de futuro. Para ello es preciso identificar en un presente un problema que aquella realidad inercial plantea y una solución que no cabe en sus esquemas. El proyecto y la empresa es el esfuerzo decidido a realizar la solución al problema nuevo. El aristotelismo político de las categorías de Ortega es notorio. Una materia, inercial, receptiva y tradicional es fecundada por un "ser ágil", emprendor, capaz de resolver problemas. De nuevo aquí Ortega se refirió a Fichte.

[No podemos ignorar que el pensamiento de Ortega llega casi hasta la contradicción, en la medida en que por una parte considera las naciones como realidades históricas, que en cierto modo han surgido y han sido hechas, pero por otro tiende todavía a pensarlas como comunidades de pertenencia, que sugiere una cierta naturaleza social previa a toda constitución. Creo que el fondo profundo del pensamiento de Ortega reside en el asunto de la nacionalidad, una especie de nación en sí, que requiere de la élite formadora, capaz de formar una nación para sí. El aristotelismo —más profundo que el hegelianismo— es la clave de este asunto. Lo que constituye una dimensión comunitaria anónima y caarente de control por parte de los sujetos es la nación en sí, las dimensiones de la nacionalidad. El proceso formativo es consciente. Lo que sucede es que, al elaborar verdaderos componentes comunitarios de la nacionalidad, la nación tiene la característica de presentarse toda ella, en sus aspectos conscientes también, como una realidad comunitaria.]

En ese problema y en esa solución, fruto de esa fecundación, no sólo brota la nación, sino que con ella surge "un modo integral de ser hombre". Ya podemos ver aquí que la nación no es ante todo una categoría política. La nación para Ortega debe estar en condiciones de sobre-determinar todas las esferas de acción social modernas. Hay un modo francés o español de vivir la religión, la poesía, la economía, el arte, la política, el amor, la familia. De ahí que podemos definir la nación como una potencia carismática, unitaria, que vertebra a ojos de Ortega al hombre completo. Por ello, de manera consecuente, Ortega insiste en que la nación

implica un ideal de vida. Como sabemos, el ideal aquí tiene una misión totalizante, omni-abarcadora. Por eso dice Ortega que "en la nación vive con entusiasmo el modo integral de ser hombre". Al cumplir con este modelo de ser hombre, que en el fondo integra la realidad de una nación, los nacionales son lo mejor que pueden ser. En la medida en que las naciones son varias, acreditan su carisma mediante la emulación, la competencia y el esfuerzo. En todo caso, en este momento de su formación, son realidades también sistemáticas y auto-referenciales.Componen tradiciones y viven desde sí mismas, con los ojos puestos en las demás, en una competencia vital continua. Vemos así que el problema de la nación es complementario del problema de la razón vital.

Podemos complicar este esquema con un problema muy querido a Ortega. En efecto, para dinamizar una nacionalidad en la empresa de formar la nación, aquellos elementos materiales del pasado tienen que llegar a manos de hombres ejemplares, los primeros que encarnan un modo integral de vida. Pero para que existan hombres ejemplares tiene que haber un modelo previo. Así que la nación sólo se despliega de verdad cuando alguien en una nacionalidad se plantea revivir los modelos de aquella unidad más amplia de la que la nacionalidad es una refracción. La nación se forma cuando una elite en el seno de una nacionalidad está dispuesta a vivir de manera ejemplar los modelos civilizatorios previos, que en el caso europeo, sólo pueden ser los viejos usos unitarios romanos. Aquí una vez más el punto decisivo nos lleva a las elites. El modelo previo, encarnado por ciertas aristocracias romanas, es imitado por la mejor parte de cada nacionalidad. Esa imitación exigente del pasado o tradición material, emprendida sobre una nueva base social por parte de grupos minoritarios, genera una elite nacional consciente, capaz de ir dando sus respuestas a todas las dimensiones de la vida humana. Lo decisivo es que las elites sólo se forman por "el imperativo de la ejemplaridad". Ellas identifican ciertos grupos del pasado como modelos normativos y emprenden la tarea de imitarlos como ejemplares. Así que la mimesis de elites es constitutiva de la nación y le presta a esta su estructura más básica: es tradición y empresa a la vez. Repetición e invención, como vemos, siguen siendo la clave.

Podemos extraer algunos corolarios de esta tesis. Primero: Ortega está elevando a categoría la evolución específica de Europa. La consecuencia, que él asume con claridad como ya dijimos, es que sólo hay naciones en Europa. Desde este punto de vista, la dialéctica entre Europa y sus naciones resulta semejante a esta otra: la de Roma con naciones. En otras ocasiones, Ortega se refiere a esta dialéctica como aquella que se da entre Roma y Germania. Este par es constante en Ortega, desde *Meditaciones del Quijote*. La dialéctica que produce parece esencial. Sólo podemos hablar de naciones en Europa y por Europa. Sólo podemos hablar de Europa desde las naciones. Otra consecuencia, más parcial, es que sólo en Europa se ha dado esta forma imitativa de las elites sobre diferentes bases sociológicas. Como tal, la tesis puede ser más discutible, pero en todo caso, es también una consecuencia de Ortega. Los estudios de Max Weber acerca de la sucesión de elites

en el mundo del budismo, del confucionismo o del judaísmo, parecen tener en cuenta otras constelaciones históricas, reveladoras de estos problemas. La imitación de los modelos romanos por parte de los padres fundadores, haría de Estados Unidos una nación europea, consecuencia que Ortega rechaza y que en su modelo debería aceptar. Por último, Ortega trabaja el concepto carismático de Nación. El síntoma de esa comprensión carismática es que, para él, "la Nación se ha sentido a sí misma como un todo". La forma de hablar nos sugiere que la nación es un ente subjetivo auto-consciente, cuando sería más oportuno hablar de las elites nacionales como grupos altamente conscientes de su tarea de ofrecer una peculiar interpretación de todos los elementos valiosos de la vida.

3.- *Entre Toynbee y Fichte: obstáculos y respuestas.* Cuando reflexionamos sobre el movimiento del pensar que viene impulsando Ortega, nos damos cuenta de que todo su esquema tiene que ver con una finalidad: Toynbee está equivocado. Las naciones no son las viejas tribus trasvasadas al odre democrático. La nación no está constituida por el principio democrático, sino por el principio aristocrático. El tiempo formador de las naciones no es el de la Revolución francesa, como cree el inglés, sino el tiempo de la modernidad. Nación no es esencialmente una empresa política, sino un asunto de elites culturales capaces de enfrentarse de forma creadora al problema de la vida y de ir creando una "intimidad". Esta categoría no pertenece a la obra que analizamos aunque su sentido es cercano al que antes expusimos de auto-referencialidad. Las naciones son intimidades. Ortega quiere decir que sólo se entienden desde dentro, desde sí mismas.

["Una intimidad y un arcano al cual no puede llegar fácilmente nadie que la contemple desde fuera". De hecho, como la *Meditación de Europa*, Ortega partía del Epílogo para ingleses de la *Rebelión de las masas*. De la misma manera Ortega abundaba en los tonos proféticos. De la misma manera, su inclinación a pensar la vida personal y la vida colectiva como estructuralmente idénticas. Allí, el problema era el de comprender la sociedad en la cual se integran las naciones. Ortega la llamó "sociedad occidental", un régimen de convivencia bajo el régimen de unos mismos principios. La diferencia es que Ortega se entregó a una descripción pormenorizada de la evolución de Europa bajo Carlomagno, el desplazamiento hacia el norte consecuencia de la fractura del Mediterráneo y la síntesis de romanidad y mundo germánico que siguió a Carlomagno. De ahí surgió la franja de tierra en la que se formó Francia y Alemania. "El cuerpo histórico de nuestra civilización tiene una anatomía bilobulada. Consiste su torso en dos lóbulos principales: Francia y Alemania". Por lo demás, se daban allí las mismas quejas sobre la traición de los intelectuales. También, de la misma manera, Ortega reconocía que el Imperio romano era el momento más decisivo como *arcanum* de la formación de Europa y reconocía que "el imperio romano no ha desaparecido nunca del mundo occidental". De hecho, esa era la materialidad que debían intentar imitar las elites. Pues en él hallamos la idea del Estado Universal.]

Como sabemos, hacia 1948, Ortega emprendía las lecciones del *Instituto de Humanidades* justo con una exposición crítica de la obra de Toynbee, *A Study of History*. Caracterizar la vida de la nación como intimidad es uno de los aportes de la primera lección del primer curso, y así podemos ver que la *Meditación de Europa* surge de forma directa de la tarea de Ortega en el *Instituto de Humanidades*, que podemos caracterizar como una defensa de la sociedad occidental, o de la forma en que por entonces se usaba "la civilización occidental" frente a la islámica, hindú, china y cristiano-ortodoxa.

En realidad, a las lecciones del *Instituto de Humanidades* debemos ir si queremos saber qué se jugaba en la crítica a Toynbee de la *Meditación de Europa*. De hecho, el problema era el mismo: qué pensar del nuevo orden político mundial que se vislumbraba tras la Segunda gran guerra. Entonces las opciones parecían las Naciones Unidas, el Estado Mundial, o la Unión europea. Fuera cual fuera la solución, debía asumirse el carácter constructivo de las naciones europeas. América debía quedar excluida de ese juego ("Toda la América actual, a mi juicio, representa un fenómeno histórico aparte, en lo esencial, por completo de nuestra civilización y que reclama ser tratado por sí". Esto es: cuando Ortega defiende la civilización occidental sólo piensa en Europa y no en América).

. Por eso, Ortega no aceptaba del inglés, ante todo, lo que él llamó "su odio personalísimo a la idea de nación". Tal odio procedía de su vinculación de la nación al democratismo de la revolución Francesa, una fase de la nación que a Ortega le parecía ya degenerada. Aquí Toynbee no hacía sino seguir los reflejos conservadores de Burke. Aquella asociación le parecía a Ortega errada. Lo que había emergido en la Revolución francesa era algo diferente, el nacionalismo. Contra él podían unir sus fuerzas todos los hombres sensatos, Toynbee, Ortega y los demás. Pero el nacionalismo era una desviación inaceptable de la correcta idea de nación. La confusión entre ambos era un error incomprensible en un hombre de ciencia como Toynbee. El nacionalismo era el "problema más grave que está planteado en el mundo", penetraba más acá y más allá del telón de acero y determinaba el rumbo del inmediato futuro. Con la grandiosidad característica de los últimos años, Ortega afirmó que contrarrestar el nacionalismo, el "más grave vicio de la edad contemporánea" era el objetivo de todo su curso.

[Al margen, el curso ofrecía una teoría del imperium como magistratura del general victorioso que, aunque cargada de elementos venenosos, podía ser bien vista por las autoridades dimanantes del general victorioso, Francisco Franco. Si el emperador llegó a ser el general soberano, capaz de mandar como última instancia, esto se debió esencialmente a una carencia general de legitimidad. Frente a esta ilegitimidad, el general se había elevado a gobernante supremo. Era demasiado evidente la referencia al presente y por eso Ortega, con su sentido sibilino de las cosas, se apresuró a decir: "Sería intolerable, señores, que cuando yo me esfuerzo [...] en exponer algunas hondas verdades, algunos se entretuviesen en interpretar

pueril y aldeanamente mis palabras como si estas disfrazasen alusiones, que serían ridículas, a la vida pública española. NO sólo no lo son, sino que pueden serlo". El comentario de Ortega confirmaba que en efecto se trataba de una alusión a España, sólo que a algo más allá de España. Al decir que "Porque a eso que llamo desazonador, pavoroso ámbito de la ilegitimidad constitutiva no puede en ningún caso llegar un pueblo solo". Desde luego, no un pueblo solo. "Afecta a todas las que conviven en una civilización", dijo. Pero también afecta a España. De hecho, la tesis dice que la ilegitimidad española, que permitió la emergencia de un general imperator, era una ilegitimidad general europea, que en España se solventó de la manera apropiada, romana, europea. Tampoco era una alusión disfrazada la que en propuso al reconocer que su España Invertebrada "creo —casi con seguridad— tuvo una influencia grande más tarde en un grupo de la juventud española que ha ejercido una intervención muy enérgica en la existencia española". Como tampoco debe entenderse como una alusión al presente, este pasaje que en 1947 decía mucho: "Comprenderán que frente a esta patética, venerable, tradicional, inmemorial y mística institución de la realeza, aquella actuación circunstancial, espontánea, aventurera y fugaz del imperator tiene que desaparecer". Quizás podía sospecharse que era una alusión a la apuesta a favor de la monarquía de don Juan, frente a una consolidación de Franco.]

De hecho, en otra ocasión dijo que el "problema más hondo, más grave, y más sustancial para un hombre de la actualidad", era el de "la ilegitimidad como forma de la vida toda". Como dos cuestiones no pueden ser las más graves, debemos preguntarnos si la ilegitimidad es la característica central de la forma de vida que produce el nacionalismo. En este caso, la pérdida de legitimidad de la vida consistiría en la transformación de la nación en nacionalismo. Hablemos desde la identificación de síntomas y argumentaremos de forma más concreta. Puesto que la manifestación sintomática de la ilegitimidad es la guerra civil, debemos investigar la conexión entre guerra civil y nacionalismo, como contrapuesta a la conexión entre nación y paz. En un fragmento que Ortega eliminó de su lección del *Instituto de Humanidades*, en el que analizaba ese odio personalísimo de Toynbee, recordó que el separatismo era el fenómeno opuesto al espíritu de nacionalidad. El universo de Ortega se hace así claro.

Aquellas primeras lecciones del *Instituto de Humanidades* no mantienen siempre el tono de gran estilo que el filósofo deseaba. Obra muy desigual, a veces pesada, no logra interesarnos en su prolijo análisis de la enciclopedia de Toynbee. Sin embargo, hay tres líneas argumentales que tienen interés. Una, identifica la modernidad a través de una estructura formal que se inicia con el aumento de posibilidades enriquecedoras de vida. A este aumento le sigue la ruptura de la vida tradicional, la pérdida de consenso entre las poblaciones, la destrucción de la fe común, la pérdida de centralidad de la religión, la necesidad de elegir, la inequívoca urgencia de encontrar razones. La consecuencia apresurada que extrae Ortega reside en la inequívoca paridad entre modernidad y carencia de legitimidad y la

débil aspiración de crearla mediante la razón ("A todo pueblo le llega un momento en el cual descubre la modernidad invasora de su vida frente a la tradicionalidad legítima de la antigua. Toda modernidad es ya comienzo de ilegitimidad y de inconsagración". "Modernidad sea por sí germinante ilegitimidad". "Enriquecimiento significa modernidad y que modernidad es germinante ilegitimidad, vida sin firmes sacramentos").

Sin embargo, Ortega está mucho más interesado en el momento de la ilegitimidad por el que tiene que pasar toda destrucción de una sociedad tradicional, con sus pautas de obediencia casi religiosa al poder constituido. Este argumento, que Ortega despliega con tediosas reflexiones sobre el paso de la antigua Roma republicana al imperio, sirve también para caracterizar el final del siglo XIX como época caracterizada por un sistema ilegítimo de vida, caracterizado por el nacionalismo como deformación de la nación.

Para entender el movimiento general del pensamiento de Ortega, debemos referirnos a otro argumento muy querido: las épocas de ensimismamiento y de apertura. Desde luego, se trata de realidades graduales. El enriquecimiento tiene que ver con la época de apertura y la construcción de esa intimidad que permite a los grupos humanos dotarse de alma tiene que ver con el ensimismamiento. El primero trae problemas y el segundo trae la solución nacional. Como sabemos, estas categorías ya eran muy usadas por Ortega, quien las había elaborado por los años de la guerra civil. Además, Ortega las había usado para referirse a la misma Roma tras las guerras púnicas, como el momento de máxima apertura, y a la España del siglo XVII, como el ejemplo de máximo cierre, de hermetismo, presentado por Ortega como una *tibetización*. Una fue sensible a las formas superabundantes del vivir humano. La otra cerró los ojos a toda presencia que se anunciase más allá de la corte madrileña. Estas categorías son decisivas para entender el problema en el que estamos: el de la nación y el nacionalismo.

Asociemos los dos argumentos: sólo las épocas de apertura son de modernidad, de riqueza, de ilegitimidad, de problemas, de la presencia de la razón. Ahora vayamos al tercer argumento. Este está tomado de Toynbee y tiene que ver con la caracterización de las diferentes épocas a partir de la estructura de reto-respuesta. Ortega, lejos de hacer de esta condición dramática la clave de la vida histórica, la eleva a condición antropológica básica. No describe sólo la estructura de la evolución histórica, sino la forma misma de la vida. Desgraciadamente, no podemos entrar en la Antropología de Ortega, tema central de su ocupación final. Nos quedaremos en esto: si aplicamos la estructura de reto/respuesta a una época moderna de sobreabundancia, entonces tenemos la estructura misma de la razón, que ya no puede basarse en la noción de legitimidad, sino en otra, verdadera clave de todo el asunto, que es la de eficacia. "Con toda modernidad empieza siempre— bien patente está ante nosotros— la lucha entre lo eficaz y lo legítimo".

4.- Proceso Formador. Armados con estos argumentos retomados de las lecciones del *Instituto de Humanidades*, vayamos a la cuestión de base: como ya vimos, desde el siglo XVI se ha experimentado en Europa un movimiento peculiar que surge con el Humanismo como superabundancia y apertura, que ofrece a lo largo de toda Europa un reto: el de imitar la ejemplaridad de las elites romanas y clásicas. Este reto, que rompe con la legitimidad tradicional y religiosa, que destruye el consenso, genera una ilegitimidad moderna, —repárese la similitud formal al problema de Blumenberg— y exige una respuesta racional. Esa respuesta fue un proceso de repliegue, de formación de alma, de ensimismamiento paulatino que produjo las literaturas nacionales y con ella las formas de vida nacionales, cincelando un alma colectiva y operativa. Este fue el proceso creador de las elites nacionales, que respondieron al reto de enriquecimiento que produjo la apertura al legado complejo del pasado clásico romano.

Este proceso formativo experimenta sin embargo dos fases ulteriores, y aquí comienza la complicación del argumento de Ortega y sus indecisiones.La primera tiene que ver con un fallo en el proceso de eficacia, un fallo en la ordenación cultural del enriquecimiento, un fallo en la propuesta de la razón. Si se produce ese fallo, se vuelve a la situación primitiva de ilegitimidad, de falta de cohesión. Se falla a la hora de crear una nación por el proceso de mantener la apertura de par en par, por la incapacidad de generar un alma, de condensar un ensimismamiento. Entonces "no hay estado de espíritu común en la colectividad". Sobre esta falta de consenso, nadie tiene derecho a mandar, no puede organizarse el derecho y "la situación de las cosas no tiene salida, no lleva en sí solución orgánica y seria".39 Entonces hay que resolver el estado de excepción con urgencia, sin apelar ni a la legalidad ni a la legitimidad, en una dictadura. Según este proceso, el Estado, que surgiría de la guerra civil, "empieza por ser ilegitimo y termina por ser ilegítimo". El Jefe es un cualquiera que sólo se impone por la fuerza de las armas. Según esta tesis, "El Estado no consiste en legitimidad".40 Esta es una condición espiritual que reside en la capacidad de disfrutar de creencias comunes. Cuando no se logra, se tiene que echar mano con urgencia del Estado como medio de pacificación o neutralización, que diría Carl Schmitt. Al no obedecer a creencias colectivas, se tiene que obedecer al que impera coactivamente.

Sin embargo, las elites pueden responder al reto y generar una alma colectiva nacional que no suponga guerra civil ni recurso urgente al Estado. Entonces, la segunda etapa es más ordenada y normal. Entonces se genera a partir de la nación una creencia común o legitimidad nueva, de cuño racional y eficaz, que no rompe con los estratos arcaicos, pero que los reduce a símbolos. Entonces entre la Nación y el Estado surge una relación orgánica. Esto sucede cuando se "fundamenta el derecho a la unidad de soberanía en la razón de que existe una unidad de formas de vida —de usos— simbolizada en unidad de lenguas". En este sentido evolutivo normal, Ortega dice que "la nación sólo llega a ser Estado en su fase de plena maduración". Si la nación es una forma social amplia, el Estado es una punta afilada

que sólo se alcanza en la cima de la evolución. En cierto modo el Estado, así entendido, sería la forma de sentirse la nación cerrada sobre sí, independiente y soberana. El argumento de Ortega queda así reconstruido.

Más la nación experimenta un tercer momento evolutivo, el que se inicia con la Revolución francesa y llega a su final con las guerras mundiales. Su forma de expresión es el nacionalismo entendido como ensimismamiento radical, insistencia en ese cierre, creencia en la autosuficiencia radical de la nación, intensificación de ese sentimiento en las masas, democratización de la nación y belicismo en tanto nación en armas. Vemos así el efecto del cruce entre nación y democracia y sus consecuencias: el desplazamiento de las viejas elites dirigentes por el demagogo. El culto a las *res novas*, a la eficacia infinita de la técnica, a la abundancia ilimitada, la aceleración de novedades,44 el derecho a disponer de todo, entendido ahora sin reto alguno, cuando además coincide con el ensimismamiento más denso en el propio deseo, implica el momento más lejano de la apertura constitutiva de la modernidad. Este ensimismamiento final, que nos eleva a sujetos exclusivos con derechos supremos, con la capacidad mínima de reconocimiento de la alteridad y sus retos, de apertura a las riquezas del mundo, es el síntoma de que "ha acabado para los pueblos de Occidente la modernidad y estamos ya en otra edad a la cual hoy no voy ni siquiera a bautizar".

Ortega extrae consecuencias oportunas de este tercer estadio. Ante todo, ese ensimismamiento bárbaro —el llamado narcisismo de las masas— no puede sino llevar las cosas a "un enorme distanciamiento moral" de los pueblos de Occidente. De forma muy aguda, Ortega insiste en que este fenómeno se complica con la densidad de contactos que producen los nuevos medios de comunicación. Es paradójico: hay más contacto y más próximo justo cuando se presenta un mayor distanciamiento moral. Como es natural, tal situación inclina a las naciones a su autoafirmación. Ellas siempre tienen razón porque ellas se conocen mejor a sí mismas. Un síntoma más de su condición narcisista que hace que lo vivido sea lo verdadero, que lo deseado sea lo bueno. Sobre esa condición narcisista reposa su condición hermética. Esta situación no puede sino ser conflictiva y produce incomprensión, desconocimiento, frenesí, sobre todo porque, de acuerdo con sus afirmaciones vertidas en *Meditación sobre la técnica*, no hay una mediación adecuada de naturaleza técnica a estas formas de comunicación. No se trata solo de una nueva técnica jurídica de los *mass media*. Ortega reclama "una nueva técnica de trato entre los pueblos" que mejore la elemental de la oferta y demanda del sensacionalismo periodístico. De ahí se deriva una falta total de legitimidad en las relaciones entre las diferentes naciones-Estado modernas. La consecuencia es de nuevo la urgencia autoritaria, la dictadura, todas esas "manifestaciones ineludibles del estado de guerra civil en que casi todos los países se hallan hoy". Así Ortega concluye explicando el error Toynbee: su odio a la nación debía expresarse más bien como odio al nacionalismo, esa fase corrupta de la vida nacional, ajena al horizonte de apertura constitutivo de la empresa nacional.

6.- Meinecke y el realismo europeo. Aunque hemos llegado al punto último de la *Meditación de Europa*, mi reconstrucción del argumento todavía tiene un elemento al que deseo volver. Pues en el paso entre el siglo XVII y el siglo XIX, con las guerras revolucionarias, se ha producido una pérdida de conocimiento, una perdida de saber, y por tanto una pérdida de realidad. Una que nos permite regresar al momento inicial de la formación de las naciones con una voluntad iluminadora de realidades que el nacionalismo y su encuentro con las masas han olvidado. Para este regreso iluminador al momento formativo inicial, Ortega recurrió a Meinecke y más concretamente a su libro *Weltbürgentum und Nationalstaat*. En realidad, podía haber recurrido a toda la vieja tradición desde Ranke, a quien cita a menudo, hasta su último discípulo, un historiador alemán que en el momento en que Ortega daba las conferencias de Berlín acababa de publicar un texto básico. Me refiero al catedrático de Marburgo, Ludwig Dehio, autor de *Gleichgewicht und Hegemonie*, una amarga reflexión sobre la historia europea. La tesis puede describirse así: en su proceso formador, las naciones europeas no se vieron como entidades solipsistas, narcisistas y ensimismadas. De forma constituyente, se mantuvieron fieles a la esencia europea de la que procedían. Nunca ignoraron que más allá de la Nación, en cada caso, había más cosas reales. Entre esas cosas estaba Europa.

Ortega nos ofrece un argumento limitado en *Meditación de Europa*, consecuencia de un uso limitado de interlocutores. Sin embargo, su recepción de Meinecke es adecuada. Aquello que estaba más allá de las naciones europeas en su fase de formación, antes de su encuentro con la democracia, fue la existencia de una opinión pública europea. Como siempre, el argumento de Ortega se nos ofrece altamente condensado, pero debemos iluminar sus propios supuestos. La clave de la historia es esta: en el desplazamiento del hombre de cultura por el demagogo se altera el director mismo de la idea de nación. Durante la fase formativa de las naciones, el político no se veía como el director supremo, sino que estaba condicionado por realidades vitales completas. Esto significa que el lento crecimiento del Estado sobre la realidad de la nación, el único crecimiento orgánico, se dio sobre la base del reconocimiento de la apertura europea.

El político de la época clásica de la nación no olvidó nunca el principio de realidad europeo. Esta es la época del *ius publicum europaeum*, que reconoce que la verdadera soberanía reside en el conjunto de Europa. Para estas elites nacionales, Europa significa un derecho de paz y de guerra, una opinión pública, un poder unitario. Estas elites nacionales en su fase clásica siempre supieron que "una cierta forma de Estado europeo ha existido siempre y no hay pueblo que no haya sentido su presión, a veces terrible". Como poder, siempre fue más fuerte que el propio poder interior, ese otro poder más difuso, pero no menos real, que fue el "balance of Power". En efecto, Europa no es una cosa, sino un equilibrio, una función internamente orientada a la paz como mantenimiento del equilibrio. Frente a este poder, el verdadero principio de realidad, que todavía se aprecia en Bismarck, la soberanía absoluta de la nación era una ficción, una fantasía, que se dejó sentir de

forma aguda en el romanticismo del Káiser. Por ese poder europeo, las naciones tenían que abrirse a su raíz europea, lo mismo que los hombres de ciencia, de letras, de arte, de religión.

La emergencia de la figura del político demagogo que no procede de las elites fundadoras de la nación, conscientes de su dimensión europea, implicó una ilegitimidad. Al darse cuenta de la imposibilidad de hacer frente a los retos de emulación y apertura constitutivos de la nación, el demagogo cerró el horizonte y produjo un ensimismamiento forzado, auto-afirmativo, voluntarista, nacionalista. Para justificarlo, puso a circular la idea de la nación como soberanía absoluta. Así extendió la fantasía de omnipotencia que prendió en las masas como fantasía de plenitud de derecho. Este desplazamiento del poder como un elemento más en el horizonte de Europa —como el derecho, la literatura, la ciencia, la religión o el arte— a un elemento propio de la nación, como poder absoluto, desvinculado, es la ideología del nacionalismo, que se hace verosímil por su vinculación con el argumento democrático y que supera su carácter alucinatorio por el carácter compartido de la alucinación. Sin duda, este desplazamiento arrastró otro: la comprensión del soberano como creador del derecho, arruinando la vieja fe de que era la sociedad misma en su vida la que creaba el derecho.

Imitar e inventar. Sólo elites que estén en condiciones de entender el principio de realidad que significó Europa, pueden devolver legitimidad a la vida nacional. Sólo ellas abandonarán el nacionalismo, regresarán a una sana nación, aceptaron los retos evolutivos que implica la apertura de horizontes europeos y desplazarán a los demagogos y sus guardias pretorianas de partidos políticos. Sólo ellas estarán en condiciones de activar el fondo común de todas las naciones, su dimensión europea, identificarlo como una verdadera nacionalidad material, y en la apertura del horizonte mundial que genera la nueva realidad técnica y material, producir las elites que puedan hacer de esa nacionalidad europea un nación. Esas elites deberán dar una versión de lo que para ellas es la Humanidad, de lo que significa la condición humana, de lo que quiere decir vida plena. El libro de Meinecke fue invocado por Ortega como autoridad para expresar, en cierto tono exculpatorio, que "lo característico del nacionalismo alemán hasta Bismarck es haber sido a la par cosmopolitismo". Ortega citaba con aprobación a Fichte. La aspiración de Germania a convertirse en humanidad es lo propio de todo proceso de construcción nacional. Alemania, como nación tardía, no había hecho sino asentar su proceso de forma muy consciente, señalando así su europeísmo de manera central.

Para ello no basta activar el principio de equilibrio de poderes como empresa que haya de conducir a una federación de Estados. No basta activar el principio de intercambio económico europeo, hasta hacer un sistema productivo europeo. No basta reactivar la noción de opinión pública europea por encima del rasgo alucinatorio del nacionalismo. No hay que olvidar que el horizonte en el que se

activa la nacionalidad europea es el horizonte global. De la misma manera que las nacionalidades en el horizonte europeo fueron formando su personalidad, la nacionalidad europea en el horizonte mundial debe formar la suya. La dialéctica de apertura y contracción, de explicatio y complicatio, es la misma. Un horizonte abierto genera un ser intensificado, ensimismado. Ese horizonte abierto *per se* no genera nada. De ahí la desconfianza de una Sociedad de Naciones o de la ONU como expresión inmediata del horizonte global, sin las mediaciones dialécticas del ensimismamiento. Desde este punto de vista, la nación europea del futuro debe dar la idea de un ser humano en su sentido más pleno, tal y como puede contemplarlo el presente. Por eso es preciso también ofrecer "un credo intelectual y moral para Europa."

La condición de todo esto era una: reforzar la nacionalidad europea, la materia social europea, la convivencia propia ajena a la restricción nacionalista. Ella, la sociedad europea, abriría los problemas y generaría los retos cuyas respuestas eficaces permitiría legitimar e identificar a las nuevas élites. Se trataba de usos vigentes europeos, capaces de ofrecer la noticia inapelable de un ser social. Para ello, era preciso detener el "desprestigio de las vigencias europeas" de que hacía gala Inglaterra y por eso era apropiado criticar a Toynbee. Lo decisivo para crear esas vigencias sociales europeas era un doble proceso, primero de ver que "la cohesión interna de cada nación se nutre en buena parte de las vigencias colectivas europeas"; segundo, descubrir que los problemas nuevos en el orden de la economía, la defensa, la religión, la cultura, la ciencia, la técnica no se podían resolver desde un punto de vista nacional. Sobre estos problemas, reconocidos así, con esta "actitud de urgencia pragmática", surgirán las élites que ofrezcan una forma de ser humano adecuado al momento global. Pues ahora no se trata de que el buen francés sea precisamente el buen europeo, sino de que el buen europeo ofrezca la posibilidad más cumplida de ser humano.

En este esquema, lo decisivo es que se llegue al Estado desde el crecimiento orgánico de la sociedad y de la capacidad directiva de sus élites, y no mediante el camino abreviado de la guerra civil y la legitimidad pacificadora de un emperador cualquiera. Para ello, se tiene que reconocer que las nacionalidades que dieron lugar a las naciones europeas han agotado su capacidad evolutiva. Reconocer el principio de realidad europea implica destruir la miopía de los nacionalismos, incluido el de los Estados. Sin embargo, el aspecto emulador, vital, de la nación no podía perderse. En suma: las elites de la sociedad europea no podrían surgir sino por la convivencia de unas éites nacionales auténticas. No creo que Ortega tuviera otra visión de las cosas. Como dijo una vez, se trataba de "avanzar hacia la unidad de Europa, sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia". La diferencia: que ahora se pondrían a resolver problemas de dimensiones europeas, a trabajar sobre una materia social europea para definir una personalidad europea.

Es aquí donde la Unión Europea no le parece a Ortega irremisible y urgentemente condenada a adoptar la forma Estado. Al contrario, de la misma manera que en el proceso nacional verdadero y natural el Estado viene lo último, así se debería ralentizar el proceso evolutivo de Europa hacia el Estado. Y esto significaba para él dos cosas: que no se debía ir hacia un nacionalismo europeo, expresión de su voluntarismo y narcisismo extremo, ni se debía ir hacia una Europa democráticamente organizada. Este punto es decisivo y revelador. Se trataba de no consumir las etapas por las que la nación ha degenerado hacia el nacionalismo, las masas y los políticos demagogos. Para Ortega, que acepta como otros liberales famosos el diagnóstico amenazante de Tocqueville, democracia es centralización y socialización y estos procesos son a su vez intervencionismo del Estado y en el fondo totalitarismo. La forma en la que esto pudiera suceder, Ortega no nos lo dice. La emergencia de élites ejemplares que dieran el tono del buen europeo podía discernirse en los nuevos científicos, artistas, empresarios y técnicos, desde luego. También en las nuevas familias cosmopolitas y cercanas a formas de curiosidad erótica por lo extraño.

Pero no hay que investigar mucho para entender el camino real por el que sería factible la propuesta de Ortega. Pues todas estas formas de acción social no son sino fragmentarias en relación con lo que Ortega entendía que podía ser una realidad social sustantiva. Expresión específica del todo social, orden emanado de él, capaz de cortocircuitar la soberanía y la omnipotencia del político, era el derecho en el sentido en que Savigny y sus colegas lo entendían, como expresión normativa del orden concreto. Europa como una comunidad de derecho era encontrarse con su origen, con sus viejas elites y con su íntima inclinación pacífica a la producción normativa desde el acuerdo social. Sin la mediación imperativa de la norma jurídica, el camino hacia el Estado sólo podría ser acelerado desde la violencia de un enfrentamiento civil que daría la legitimidad al pacificador imperial. Un imperio del derecho frente a un imperio del emperador; una omnipotencia de la sociedad frente a una omnipotencia de la soberanía, era el pronóstico de Ortega. Una nación europea sin nacionalismo europeo, parecía su propuesta utópica. En el momento actual de Europa, quizá es una propuesta a tener en cuenta. Su valor adicional es que está muy cerca al momento fundador de Europa, a ese instante de Europa hora cero.

[ÁGORA. Papeles de Filosfía (2005), Vol. 24, nº 2: 177-198]

